

Selección RNR

ELIZABETH URIAN

*Las feas también
los enamoran.*

Family



Romance Histórico

CAMILE

Las feas también los enamoran

Elizabeth Urian



1.ª edición: febrero, 2015

© 2015 by Elizabeht Urian

© Ediciones B, S. A., 2015

Consell de Cent, 425-427 - 08009 Barcelona (España)

www.edicionesb.com

Depósito Legal: B 4870-2015

ISBN DIGITAL: 978-84-9019-994-7

Maquetación ebook: Caurina.com

Todos los derechos reservados. Bajo las sanciones establecidas en el ordenamiento jurídico, queda rigurosamente prohibida, sin autorización escrita de los titulares del *copyright*, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

Contenido

Portadilla

Créditos

Agradecimientos

1

2

3

4

5

6

7

8

Epílogo

Agradecimientos:

Esta novela corta nació en el foro del Rincón de la novela romántica fruto de nuestro propio entretenimiento. Una historia tierna que nos dejó con ganas de más.

Por ello, siempre tendremos presente a todas las foreras y visitantes que siguieron con entusiasmo su desarrollo y a aquellas que también nos ofrecieron su aportación en forma de comentario.

Tampoco queremos olvidar a las administradoras y colaboradoras que están detrás de este gran proyecto; las chicas del rincón y que hacen posible, junto con la editorial B de Books, la selección RNR.

A todos aquellos que habéis hecho que Camile esté hoy aquí... nuestro más sincero agradecimiento.

Surrey, 1869.

«Querida Camile,

Permíteme que empiece este escrito disculpándome por no haberte enviado ninguna carta en los últimos tiempos y aún más cuando tú las mandas religiosamente cada semana. Sé por mi hermana que has estado muy preocupada por mí, pero las cosas han estado algo revueltas en el Down.

También me excuso de antemano por el dolor y la aflicción que sé voy a causarte: en mi mente, he repasado millones de veces lo que quería decirte, pero no es fácil para mí plasmarlo en palabras. Sabes de sobra que no soy bueno en ese tipo de cosas y, aunque siempre has sido muy comprensiva en estos temas, desearía poder hacerlo con un poco más de elegancia, pero me temo que eso no será posible; al fin y al cabo, una mala noticia sigue siendo mala por mucho que se disfrace. He de admitir con culpabilidad que debería haber hablado claro hace mucho, pero la cobardía es una enfermedad que ataca por sorpresa: hace tiempo te hice una promesa que en estos momentos soy incapaz de honrar. Reconozco que era sincero cuando la hice, pero algo en mí ha ido cambiando y por fin soy capaz de ser franco, aunque te parta el alma: no puedo seguir adelante con nuestro compromiso, no puedo casarme contigo.

Como he dicho con anterioridad, y aunque ahora te cueste creerlo, en aquel momento te lo pedí de corazón, comprometido en cuerpo y alma. Sin embargo, mis sentimientos han ido cambiando, pues ahora la idea del matrimonio me oprime, me asfixia. Me considero un hombre honorable, por lo menos hasta ahora, por lo que debería seguir adelante con los planes, pero pienso que eso te causaría más dolor y haría de nosotros un matrimonio desgraciado. No te lo

mereces, no quiero arrastrarte a eso y, aunque no lo creas, profeso por ti un franco aprecio.

Siento destruir tus planes de futuro, tus sueños, pero sé que con el tiempo comprenderás que fue la decisión más acertada. Es por eso que pongo fin a cualquier tipo de contacto entre nosotros. Te lo ruego, demos esto como acabado y no me escribas más.

Esto no lo hago solo por mí, lo hago por los dos.

Garrett Bishop»»

—¡Bah! —murmuró Camile con cierta aprensión en el pecho, mientras estrujaba la carta entre sus manos. La había leído docenas de veces, pero aun así no podía evitar sentir un doloroso pinchazo en el corazón cada vez que releía esas mezquinas palabras.

¿Cómo podía no ser así? Había perdido al que creía estar destinado a ser su compañero para toda la vida, el hombre que amaba, el hombre que había conseguido despertar su corazón.

Y ni siquiera había tenido la decencia de decírselo de frente.

Camile se enjugó las lágrimas con el dorso de la mano y trató de alisar el papel. No iba a deshacerse de él, no todavía. En especial, cuando el dolor era tan agudo y persistente. Aquella era la prueba de una traición y la guardaría hasta que pudiera retomar su vida.

«¿Será eso posible?», se preguntó entonces con angustia. ¿Habría un día en que pudiera mirar atrás y no sentir que su mundo se desmoronaba? Un día en que ya no se lamentara por la injusticia que significaba arrebatarse la única posibilidad decente de ser feliz y que ya no pensara que sus sueños se habían hecho añicos.

Daría lo que fuera porque aquello se hiciera realidad.

Miró la carta con aire crítico. Por mucho empeño que pusiera era imposible quitar las arrugas, así que decidió guardarla en el cajón del pequeño escritorio de su habitación y tratar de olvidarla aunque fuera por un instante.

Camile intentó contener otra oleada de lágrimas. Garrett Bishop no

lo merecía. Para nada. Solo era el hombre más desalmado que había tenido la desgracia de conocer. Si lo pensaba con detenimiento había resultado ser peor que Ralph, pues al menos este último había sido transparente. En cambio, su antiguo prometido había jugado con ella de un modo inimaginable: entusiasmándola, cortejándola y haciendo que se enamorara de él para terminar robándole cualquier esperanza de futuro.

¿Acaso era necesario ser tan cruel e insidioso? Camile no sabía si era parte de su carácter —uno que no había descubierto hasta entonces— o lo había hecho para regodearse con alguno de sus amigos.

«¡Y qué más da!». El daño ya era profundo.

Desechando los pensamientos negativos que cruzaban por su mente —con asiduidad— y haciendo un esfuerzo por recuperar la serenidad, Camile se recompuso. Se alisó la falda del vestido marrón y se echó un chal por encima al sentir un repentino ataque de frío.

Lo mejor era dejar el dolor atrás. Lástima que fuera más sencillo pensarlo que hacerlo.

Luego bajó las escaleras de madera y se reunió en el salón con sus padres, sentados junto a la chimenea. Ambos hacían una buena pareja con sus más de treinta años de matrimonio. Su vida tal vez resultaba monótona, a la vez que apacible, pero había sido su elección.

Su madre, serena y bondadosa, levantó la vista del bordado y vio la expresión de su hija.

Por mucho que tratara de fingir, no podía engañarla.

—¿Has estado leyendo la carta otra vez? —le preguntó con preocupación—. Eso te hace daño.

Su padre dejó a un lado el libro que leía y la miró con un aire inquisidor.

—¿Es cierto?

Camile suspiró con cierto cansancio.

—Sí —susurró, al tiempo que se sentaba en una butaca—, pero ya no lo voy a hacer más.

Vio a su madre fruncir los labios, nada convencida.

—¿Qué quieres decir?

—Es hora de cerrar este capítulo de mi vida —aseguró con más calma de la que sentía. Sabía que sus padres sufrían por la situación, por ella, pero Garrett la había engañado y no había nada que pudiera hacerse para remediarlo.

Cuando su padre, Brandon Fullerton, se enteró de la desagradable noticia, partió de inmediato rumbo a Londres para hablar con la hermana y el cuñado, pues no podía costearse un viaje a Malta. Había dejado atrás su habitual calma y se mostró ansioso y receloso en todo momento. Era normal que exigiera explicaciones: su hija era lo más importante de su vida.

Suzanne y Frederick Anderson fueron bastante comprensivos dada la situación y se mostraron dialogantes en todo momento. No buscaron excusas ni defendieron el comportamiento de Garrett. Tampoco es que apoyaran su decisión. Sin embargo, no había nada que pudieran hacer para remediarlo. Garrett era un adulto, libre de tomar aquella resolución y solo intervendrían si la virtud de la muchacha había sido tomada.

Como eso nunca ocurrió y solo habían disfrutado de unos apasionados besos, el destino de Camile quedó marcado.

—Seamos realistas —continuó ella—. Tengo veintiséis años, sigo siendo soltera y las posibilidades de que algún día me case son cada vez más escasas. No me hago ilusiones en ese sentido, por lo que no puedo permitirme el lujo de sentarme a llorar por mis desgracias. Es obvio que Garrett no es lo que creíamos, pero no voy a permitir que eso me arruine la vida. A partir de hoy voy a intentar ser feliz con lo que tengo. Doy gracias por ello.

La señorita Camile Fullerton no fue nunca una muchacha hermosa. Ni siquiera podía considerársela bonita, por lo que desde su discreta presentación en sociedad había pasado inadvertida para los solteros, incluso para los más despreciables cazafortunas, pues su dote era más

bien... limitada. Los más allegados afirmaban que su rostro poseía «personalidad» aunque ella sabía bien que era un eufemismo para no llamarla fea. Su rostro era demasiado pequeño y sus ojos demasiado saltones para el arquetipo de belleza que la sociedad victoriana consideraba hermoso. Por consiguiente, a nadie parecía importarle un bledo que fuera una muchacha cariñosa y de buen corazón. Eso lo dejaban para los pobres. Con bastante bochorno por su inexistente éxito, empezó a odiar las cenas y los bailes que se ofrecían hasta que conoció a Deirdre. Desde entonces, su mejor amiga. Ambas eran de edades similares y también carecía de belleza alguna, por lo que desde un principio sintieron que eran almas gemelas.

Sin embargo Camile, a la edad de veintiún años ya había recibido su primera oferta de matrimonio de la mano del heredero de su padre. Como Benjamin Fullerton, un barón rural, no tenía más que una hija, a su muerte, el título pasaría al hijo de un primo suyo, Ralph Sloan, con el que apenas mantenían contacto. Camile lo encontró desde un primer momento de lo más odioso e insoportable, por lo que cuando le pidió que se casara con él para que todo quedara entre familia, lo tuvo muy claro: lo rechazó.

Sus padres pudieron haberse enfadado con ella por haber perdido, según se mirase, una buena oportunidad, pero eran de la misma opinión, por lo que el presunto caballero fue rechazado por partida doble. Desde entonces, no se le había acercado ningún hombre más... Hasta que llegó Garrett Bishop.

—Me alegro de que tomes esta sabia decisión. —Su padre pareció satisfecho.

—Es por eso que he decidido volver a Londres.

—¿Por qué? —quiso saber su madre—. ¿Es que no te tratamos bien?

—Mamá, sabes que no es eso. Aquí en el campo la vida es más sosegada y todo parece funcionar con más lentitud, justo lo que ahora no necesito.

—¿Entonces volverás con Deirdre?

—Sí, es lo mejor que puedo hacer.

Desde hacía muchos años pasaba largas temporadas en casa de su amiga. Era como una más en aquella gran familia y también la consideraba su hogar. Intentaba repartir su tiempo entre Londres y Surrey porque, aunque quería a sus padres, la vida junto a ellos le parecía, debía admitir, un tanto aburrida. Había poco que hacer aparte de dar largos paseos y relacionarse con los vecinos y, aunque en la ciudad las cosas tampoco eran tan diferentes, en la casa de la familia Doyle siempre había actividad debido a las frecuentes visitas de los hermanos y cuñadas de Deirdre.

—¿Y cuándo volveremos a verte?

—En poco tiempo, lo prometo.

—Podrías traer contigo a Deirdre —sugirió su madre un poco más animada—. Nos vendría bien organizar alguna cena con los amigos.

La familia Fullerton, aunque descendía de un gran linaje, se asentaba en la parte baja del escalafón por su modesto poder económico. Entre sus amistades se encontraban personas de otra clase distinta: los burgueses, entre los que había abogados, comerciantes y algún que otro terrateniente con su misma situación. A Camile no le importaba en absoluto, se sentía cómoda en su papel. Eran lo que eran y no necesitaba de un conde o un marqués para sentirse más a gusto. Que el padre de Deirdre fuera conde no era más que una casualidad, pues la querría lo mismo aunque fuera la hija de un lechero.

Vivir con ellos le había hecho conocer gente y experimentar situaciones que, con toda probabilidad, le hubiera sido imposible realizar si nunca hubiese salido de Surrey. Les estaba muy agradecida por esas vivencias, pero ella era una persona sencilla y no necesitaba de lujos para vivir. Eso lo demostraba el hecho de haberse enamorado de Garrett y soñar para ellos una vida tan idílica como la de sus padres, en la que el dinero no era lo más importante. Gracias a ello, su infancia había sido maravillosa.

—Te prometo que en mi próxima visita Deirdre vendrá conmigo. —
Y acto seguido la señora Fullerton empezó a enumerar todo lo que
había que preparar para la visita de la muchacha—. Le escribiré una
carta y le informaré de mis planes —murmuró Camile, pero nadie
pareció escucharle. Su padre volvía a estar inmerso en la lectura y su
madre se levantó para hablar con la cocinera sobre nuevos platos con
los que agasajar a la futura invitada.

—¡Camile! No sabes cuánto te he echado de menos.

Deirdre Doyle la abrazó con fuerza y le besó las mejillas con entusiasmo aun cuando Camile todavía no había tenido tiempo ni de quitarse el sombrero. Había estado esperando la llegada del carruaje desde hacía más de dos horas, impaciente por reencontrarse con su mejor amiga.

En este tiempo que habían estado separadas la había echado mucho de menos. Además, seguía preocupada por ella. ¿Cómo se hallaría su estado de ánimo?

—¡Deirdre!

—Deberías haberme dejado ir a hacerte compañía a casa de tus padres, habría podido ayudarte en tu desconsuelo —afirmó sin perder la alegría por el reencuentro—. A veces eres tan tozuda...

Camile sonrió. ¡Deirdre lo era mucho más que ella!

Iba a contestar, pero antes miró a su alrededor. El mayordomo ordenaba a los lacayos que se ocuparan del equipaje que había traído desde Surrey y Camile pensó que no quería hablar de su desdicha en medio del vestíbulo.

Bajó la voz hasta casi convertirla en un susurro.

—Lo siento, pero no creo que hubieras podido hacer nada.

Su semblante se entristeció durante unos segundos, antes de decirse a sí misma que no iba a dejarse vencer con tanta facilidad.

—Por lo menos habría estado a tu lado haciéndote compañía en vez de atormentarme en solitario —insistió la otra—. He sufrido mucho por ti.

Camile sabía que su amiga lo decía de verdad. Ambas estaban muy unidas y la consideraba casi como una hermana.

—Te lo agradezco, de verdad —le aseguró—, pero ahora no quiero

hablar de eso. —Hizo un gesto con la mano para acompañar sus palabras.

Deirdre se arrepintió de haber sacado aquel tema tan espinoso. Y eso que se había prometido no hacerlo.

—Oh, lo siento. No lo había pensado.

—No pasa nada —musitó Camile, al tiempo que cogía una de las manos de Deirdre y se la estrechaba. Fue un gesto reconfortante para ambas—. Ahora he vuelto y eso es lo que importa.

—¿Se puede saber qué hacéis las dos ahí paradas? —protestó Sharon, la madrastra de Deirdre, con una sonrisa pintada en sus labios—. Lo más seguro es que Camile quiera refrescarse un poco.

Su aparición fue recibida con agrado, pues no había nadie en esa familia a la que no quisiera. Los Doyle eran muy especiales para ella y la habían acogido como si se tratara de un miembro más.

—Lo que me vendría bien —dijo con todo el buen humor del que fue capaz— es una buena taza de té. —Quería hacer ver a todos que un compromiso roto no era el fin. Si se lo creían los demás, a lo mejor conseguía hacerlo ella.

Se quitó el dolmán y el sombrero con cintas rojas que hasta entonces llevaba puesto y se los entregó a la doncella que esperaba paciente en un rincón.

—Pasemos al salón.

Deirdre se colgó de su brazo y no la soltó hasta que las tres estuvieron instaladas cómodamente en los sofás de aquella acogedora estancia.

—¿Nos contarás cómo te encuentras o prefieres que charlemos de temas más mundanos? —preguntó, entonces, con tiento—. Si quieres puedo relatarte el bochornoso incidente de Anne Bersk en Hyde Park.

Camile pareció interesada. No era cruel ni una persona que disfrutara de la vergüenza de los demás, pero aquella joven en particular había sido muy grosera con Deirdre y ella misma por su aspecto. La había pillado mofándose de su falta de belleza en un par de

ocasiones, en el pasado. Y la dama había procurado no ser demasiado discreta.

Así que cualquier incidente que hubiera sufrido era demasiado jugoso como para pasarlo por alto.

—Cuenta —dijo intrigada.

—Tampoco es que sea gran cosa —le advirtió al ver el brillo en sus ojos.

—Si ha bastado para bajarle esos humos, para mí es suficiente.

Sharon prefirió no regañarlas porque sabía que aquella mujer se lo tenía merecido. No encontraba que fuera decente burlarse de alguien por su aspecto. Camile o su hijastra no serían agraciadas, pero tenían otras virtudes.

—Estábamos paseando por el parque —comenzó diciendo—. A poca distancia estaba Anne Bersk caminando con su flamante marido y con aquella pose tan soberbia que suele lucir.

—Sé lo que quieres decir —añadió Camile, cabeceando.

—Pues bien, apareció un perro salido de la nada y nadie le hizo mucho caso... hasta que pareció interesado en el dobladillo del vestido de Anne. Deberías haber estado ahí. Era como si lo encontrara de lo más apetitoso y comenzó a tirar de la tela. —Deirdre hizo una breve pausa y continuó por donde lo había dejado—. Ella empezó a chillar y a revolverse a un lado y al otro mientras su esposo trataba de deshacerse como podía de aquel perro con pinta de vagabundo. Otros caballeros se acercaron a ayudar. No sé. —Se encogió de hombros—. Supongo que el perro debió asustarse al ver tanta gente, porque de repente la soltó y Anne perdió el equilibrio, para terminar cayendo de bruces al suelo.

—¡No puede ser!

—Te lo aseguro. de bruces al suelo.

—¿Tú lo presenciaste?

—Ajá —sonrió con picardía—. Y procuré hacerle saber, en nuestro siguiente encuentro, lo graciosa que aquella escena había sido y lo

mucho que me había reído.

—¡Deirdre! —exclamó Camile con fingido horror—. Ese comportamiento no es propio de una dama.

Parecía que quería amonestarla, pero de pronto empezó a reír sonoramente.

Era la primera vez que lo hacía, tras lo acontecido con la carta de Garrett, así que se permitió disfrutar de aquella liberadora sensación. Por desgracia, el alivio que le causó la distracción no fue duradero y en su estómago volvió a instalarse aquel malestar que parecía decidido a seguirla a todas partes.

Deirdre, que la conocía bastante bien, se dio cuenta del cambio producido en su amiga.

—¿Garrett? —preguntó con franca preocupación, porque sabía que el silencio se debía a que Camile estaba pensando en él.

Esta asintió, aunque tardó unos segundos en contestar.

—No voy a engañaros, me siento tan dolida que a veces creo que el corazón se me romperá en mil pedazos. Pasará mucho tiempo antes de que me recupere... —dudó—, o quizás no lo haga nunca, pero ahora lo que necesito es no pensar más en ello.

Deirdre y su madrastra estuvieron de acuerdo.

—No había tenido la oportunidad de decirte cuánto siento lo sucedido —dijo esta última—. Solo quiero decirte que la familia entera te apoyamos y nos tienes aquí por si nos necesitas.

Y Camile estaba muy agradecida por esas palabras. Tener el respaldo de la familia Doyle y saber que podía contar con ellos, al igual que con sus padres, era significativo. Por lo menos poseía otro tipo de amor; un amor realmente importante.

—Entonces no vas a querer saber que Garrett... —Deirdre se interrumpió abruptamente al ver la expresión severa de su madrastra.

«Ups», se dijo. Acababa de meter la pata. Su amiga les pedía que no hablaran más del asunto y a ella se le ocurría mencionar al hombre causante de su desgracia.

Deirdre estaba pensando cómo cambiar de tercio cuando Camile se le adelantó.

—¿Garrett? ¿Qué ocurre con él?

La joven suspiró.

—Eh... no, nada —intentó disimular—. No me hagas caso. ¿Quieres que te cuente otra cosa divertida?

—Deirdre... —le advirtió con expresión severa.

Esta miró a Sharon y esperó ansiosa su beneplácito. Había hablado de más, aunque en realidad no quería esconderle nada a su amiga.

—No creo que quieras saberlo —le aseguró la mujer, tratando que Camile no sufriera más de lo que ya hacía.

Aquella información no podía hacerle bien.

—Por supuesto que sí —afirmó rotunda mirando a una y a la otra.

—Adelante, Deirdre —cedió con reticencia—. Cuéntaselo.

—Yo... —Se mordió el labio inferior—. Me enteré por unos amigos comunes que Garrett está en Londres.

—¿Qué? —preguntó Camile anonadada—. ¿Qué? ¿Desde cuándo? ¿Dónde? —quiso saber de inmediato.

—Fue hace una semana, en casa de los Mallory.

—¿Te encontraste con él? —Deirdre lo negó—. ¿Entonces?

—Ellos me preguntaron por ti, suponían que estarías muy contenta. Al parecer, su hermana comentó fugazmente que estaba de regreso al país.

—¿Estás segura?

—Eso fue lo que dijeron. Yo, por mi parte, me hice la tonta y cambié de tema. No pensaba contarles que el compromiso estaba roto, porque parece que él no ha dicho nada.

—¡El muy cretino! —exclamó de repente, sulfurada—. Me deja mediante una miserable carta y todavía espera que sea yo la que lo haga público. ¡No tiene ni una pizca de vergüenza!

—¡Es verdad, no la tiene! —se solidarizó con su amiga.

—Chicas, un poco de calma. —Sharon decidió que si no intervenía, ellas solas eran capaces de empezar una guerra, sobre todo si Deirdre azuzaba; esa chica era un verdadero peligro.

—Tiene razón —respondió Camile—. No vale la pena dedicarle un solo pensamiento más.

A pesar de ello, tuvo un instante de reflexión y no pudo evitar evocar el momento exacto en que vio a Garrett por primera vez. Siempre había aceptado con resignación el hecho de ser fea, y más con el paso de los años, pero nunca perdió la pequeña esperanza de que alguien la valorara por lo que era, no por su aspecto. Solo debían molestarse en conocerla. En el momento que sus ojos coincidieron deseó con todas sus fuerzas ser un poco más agraciada, porque aunque tampoco era desagradable a la vista, distaba mucho de ser bella. Cuando rechazó a Ralph, le dijo que era una mujer sin encanto alguno, feota y que ningún hombre en su sano juicio pensaría en ella seriamente para ser la madre de sus hijos, y aunque sabía que esas palabras eran expresadas desde el resentimiento y el orgullo herido, le habían calado hondo, por lo que no tenía la autoestima muy alta cuando conoció a Garrett. Pero lejos de lo que se podía esperar, se comportó como todo un caballero.

Aquella noche habían asistido a una concurrida velada musical y coincidieron con Suzanne Anderson, que les presentó a su hermano, el comandante segundo de la *Royal Navy*.

Camile todavía podía recordar lo que había sentido en esos momentos, la emoción, la euforia. Tenía la piel de gallina. Era tan guapo, tan encantador... y su sonrisa casi había conseguido que se fundiera. Todos se sentaron juntos y al final la casualidad hizo que Camile y Garrett quedaran uno al lado del otro. Para ella fue como una señal del destino y dejó a un lado la timidez para enfocar su atención en él. Ahora o nunca. Aquello pareció funcionar y entablaron una animada conversación con un fondo de sonatas, pues era obvio que ninguno de los dos estaba atento a la música.

Le contó que desde los catorce años estaba en la marina y después de ir escalando puestos, ahora era comandante segundo del acorazado HMS Down, aunque creía que en dos o tres años ascendería a comandante y le darían su propio barco. Se notaba que amaba su trabajo en la forma de narrar su día a día o aventuras pasadas, en las descripciones e incluso en sus gestos. Sus palabras desprendían entusiasmo y pasión, por lo cual Camile comprendió que era un hombre que se entregaba en cuerpo y alma. Si en ese momento no se enamoró de él, fue poco después, pero la alegría no le duró demasiado: estaba de permiso y ya no le quedaban más de diez días. En esa época Garrett no dio muestra de sentir nada más que amistad. Mantuvieron largas y profundas conversaciones y dieron paseos con carabina. Dado su historial amoroso, ella se daba por satisfecha. Su partida fue un trago amargo porque, aunque había intentado no hacerse ilusiones, su corazón lo anhelaba y no dejaba de latir por él, sin embargo, por un segundo dejó de hacerlo cuando le pidió permiso para escribirle. Si no hubiese sido toda una dama, en ese momento habría brincado de alegría como si fuera una niña de diez años. No volvió a verlo hasta ocho meses después.

Durante ese período, no dejaron de enviarse cartas donde él le contaba cosas sobre sus compañeros de barco, sobre Malta o sobre el mar y en las que ella solo podía corresponder con insulsas crónicas de sus quehaceres diarios, ya que su vida no era tan estimulante. Sin embargo, él decía sentirse muy a gusto con ello, pues añoraba estar en casa.

Verlo de nuevo fue lo mejor que le había pasado en la vida, porque durante esos meses su amor se había vuelto más fuerte. Según le dijo, ella había sido la primera persona a la que visitó después de desembarcar y eso la llenó de orgullo. No obstante, volvió a recordarse que aquello podía no significar nada; por si acaso. Por suerte, esta vez pudieron disfrutar de dos maravillosos meses juntos y antes de partir se le declaró. Aunque Camile lo quería con todas sus fuerzas y deseaba

casarse con él, la pregunta la pilló desprevenida.

—¿Por qué? —fue lo único que se le ocurrió decir en aquel momento.

—¿Me preguntas por qué quiero casarme contigo? —él parecía atónito—. ¿Acaso no es obvio? —Camile negó con la cabeza—. Todo el mundo parece darse cuenta menos tú. —Entonces, la joven se permitió sonreír—. Mi hermana no deja de burlarse de mí y hasta Robert Doyle ha sentido la necesidad de hablar, según sus palabras, «de hombre a hombre».

—¿Que el Robert ha hecho qué? No tiene sentido... además yo... ¿por qué? —volvió a repetir—. Mi dote es muy escasa y apenas poseo cualidades, eso sin contar con esto —señaló su cuerpo—. Soy de baja estatura, mi pelo es oscuro... de lo más vulgar y yo... soy fea. —No había nada en su rostro que fuera digno de admirar: ni su boca, ni su nariz o pómulos. El conjunto era bastante decepcionante y ella lo sabía.

En ese instante, él le cogió las manos y le lanzó una mirada adorable.

—Camile... —susurró— yo te encuentro de lo más cautivadora.

Ella se soltó de golpe.

—¿Te estás burlando?

—¡Por supuesto que no! —De repente, su rostro se ensombreció—. Si te soy sincero, me gusta lo que veo, pero sobre todo me gusta lo que eres y solo sé que me encanta estar a tu lado. ¿Crees que yo soy perfecto? —Ella pensó que sí—. Además, en estos momentos no tengo ni un penique. Mi sueldo no es muy alto y lo que tenía lo invertí en unos negocios con mi cuñado. Debemos esperar a que me nombren comandante para casarnos, solo así podré comprarte una casita con la que empezar nuestra vida juntos. —Hizo una pausa—. Ya ves —levantó las palmas de las manos en un gesto de impotencia—, si me aceptas, yo seré el afortunado, el que saldrá ganando, porque te quiero.

Así la convenció y así la engañó, porque dos años después sus

promesas se las había llevado el viento.

Garrett Bishop estaba sentado frente el escritorio en el despacho de su cuñado revisando unos contratos de los que Frederick le había pedido que se ocupara. Ahora poco más podía hacer salvo ayudar en lo que estuviera en su mano, y al menos eso le distraía.

Cualquier cosa para mantener su mente despejada de cualquier sentimiento autodestructivo.

Su situación actual distaba mucho de ser ideal, pero por el momento permanecería una temporada en la casa de Chester Square y luego ya vería. No quería convertirse en una carga para la familia. Una cosa era quedarse durante sus visitas al país y la otra afincarse allí para siempre.

Aunque Suzanne le había asegurado una y otra vez que su presencia siempre era bienvenida, él se sentía incómodo por la situación, pero reconocía que todo estaba dentro de su cabeza. Se notaba que su hermana, los niños e incluso su cuñado se sentían contentos por tenerlo ahí. Si no fuera por ese condenado incidente, su vida sería muy diferente y tendría unas metas por las que luchar. Sin embargo ahora...

De repente, sus pensamientos se vieron interrumpidos por unas voces procedentes de la parte delantera de la casa.

Garrett arrugó el entrecejo. ¿Suzanne tendría visita? Porque si se trataba de algún amigo o conocido de la familia prefería no salir y encontrárselo. Es más, en aquellos pocos días que llevaba en Inglaterra había tratado de evitar el contacto con cualquier persona que no fuera su familia o los sirvientes de la mansión. Quería apartarse de los cotilleos pero, sobre todo, no quería tener que dar explicaciones. Su estado de ánimo seguía siendo bajo, por no decir pésimo y lo último que necesitaba para su recuperación era estar en boca de todos.

Oyendo las voces cada vez más cerca, Garrett se levantó apoyándose en respaldo de la silla. No había tenido tiempo de

enderezarse del todo cuando la puerta del despacho se abrió de golpe.

A punto estuvo de perder el equilibrio.

Tuvo que agarrarse con fuerza a la silla y al escritorio de madera. Alzó el rostro con expresión irritada por aquella brusca interrupción y se enfrentó a la persona que lo había apartado de sus tareas.

Fue entonces cuando el corazón se le detuvo.

Camile. Su adorada Camile. La única mujer que le robaba el sueño; la única en la que no deseaba pensar.

A pesar de la ira que reflejaba su rostro, Garrett se dio cuenta de que su aspecto seguía exactamente igual de como él lo recordaba. Era como si su separación no hubiera hecho mella en ella. Él, por el contrario, lucía más demacrado y con evidentes muestras de fatiga.

Se quedaron, durante unos instantes, observándose el uno al otro.

Camile era una mujer imperfecta: menuda, sencilla en su manera de vestir y nada bella. Hasta un ciego podía darse cuenta. No poseía unos pómulos altos dignos de admirar ni unos labios seductores. Todo lo contrario. Su aspecto era vulgar, por lo que muchos caballeros habían decido no prestarle atención. Pero a Garrett nunca llegó a importarle aquella fachada, ya que le impresionó más su decidido carácter y su noble alma desde el primer momento en que la conoció.

No hubiera podido amarla más ni aunque ella fuera la mujer más hermosa de todos los tiempos.

Sin embargo, ahora las cosas eran distintas.

Al igual que él, Camile pareció haberse petrificado bajo el marco de la puerta. No obstante, fue la primera en recuperarse de la impresión y hablar.

—Es cierto... —murmuró para sí misma con una voz cargada de reproches—. Estás en Londres.

Garrett no supo qué contestar a aquello, ya que no se había preparado para volver a verla. Creía que su carta había sido lo suficiente explícita y dañina como para mantenerla alejada de él para siempre.

Era lo que esperaba en su fuero interno, ¿no?

Tragó saliva. Su peor pesadilla acababa de cobrar vida. Si se empeñaba en que le diera explicaciones por su pésimo comportamiento estaría en dificultades.

Detrás de la joven apareció su hermana con el rostro desencajado, dispuesta a intervenir si fuera necesario, pero se lo pensó mejor y optó por una retirada estratégica.

—Será mejor que os deje solos —hizo un gesto para intentar cerrar la puerta, pero Camile no se había movido ni una pulgada del marco, por lo que desapareció sin más, echando a los sirvientes que se habían congregado en el corredor.

—No creí que tuvieras la vergüenza de volver —logró decir Camile irguiéndose con toda la dignidad que pudo y mirándolo a los ojos sin ni siquiera parpadear—. Por lo menos no por un tiempo. —Esperó su respuesta durante unos segundos, pero esta nunca llegó—. ¿Es que no vas a decir nada? —preguntó—. ¿De repente te ha entrado timidez? No creí que alguien tan miserable como tú pudiera sentirla.

—¿Qué haces aquí? —le espetó Garrett con dureza a sabiendas.

Ella abrió los ojos de par en par, desconcertada.

—¿Que qué...? ¡Dios, eres abominable! ¿Por qué crees?

—Te lo dejé muy claro en la carta que te envié, no quería... —prosiguió él, tratando de no dejarse dominar por los sentimientos. Era muy bajo, rastrero, tener que tratarla de ese modo; la culpabilidad le acompañaría hasta el fin de sus días. No obstante, sabía que era el único modo de deshacerse de ella.

—¡Me importa un rábano lo que tú quieras! —lo interrumpió furiosa y con las mejillas encendidas—. ¿De verdad crees que me conformaría con un «lo siento» después de romper nuestro compromiso de un modo tan mezquino?

—Comportémonos de forma civilizada. —Garrett trató de apaciguarla, aunque sabía que eso no serviría de mucho. Había hecho lo que creía que era mejor para ambos de la forma menos traumática,

si bien era normal que ella estuviera despechada. ¿Quién no lo estaría en su lugar? Garrett le había prometido una vida llena de amor y se había desdicho sin que Camile lo esperara.

Tenía suerte que fuera ella y no su padre con un arma en la mano.

—Por supuesto, sobre todo no perdamos los modales —le respondió de forma irónica. Luego su rostro se endureció—. ¿No crees que por lo menos merezco una explicación? ¿O acaso todo eso ha sido alguna especie de espeluznante experimento? ¿Es que te gusta jugar con las mujeres y luego desecharlas?

Él se horrorizó.

—¡Cielo Santo, eso no es así para nada! Deberías conocerme mejor.

—¡Ah, sí! —Camile soltó una risita sarcástica—. Esperas demasiado de mí. ¿Es que me crees una santa para hacer como si nada?

—No, de verdad entiendo que estés molesta...

—Eso es quedarse muy corto —le avisó. En ese momento sus emociones estaban entremezcladas y aunque una parte de ella quería abofetearlo, otra se debatía por lanzarse a sus brazos.

A pesar de lo que le había hecho, de la frustración y de la rabia, sus sentimientos por él apenas habían cambiado. Lo amaba y daría lo que fuera por que todo volviera a ser como antes.

—Mira, Camile, yo no planeé que las cosas sucedieran así —le aclaró Garrett con total sinceridad.

—¿No crees que por lo menos merecía que me hubieras dejado de frente, como lo haría cualquier hombre decente?

—Supongo que sí —le concedió. Estaba convencido de ello, pero entonces Camile se hubiera dado cuenta de muchas cosas y romper el compromiso sería del todo imposible. Así que había preferido usar una carta a sabiendas de que le odiaría por ello y le resultaría más fácil retomar su vida. Sin embargo, no le dijo nada de aquello—. Hice lo que hice porque no deseaba alargar la situación de forma innecesaria. No llevo en Londres ni diez días. ¿No crees que hubiese sido más cruel hacerte esperar hasta mi regreso?

—Pues al final lo que has conseguido es que me sienta humillada — declaró con total sinceridad. Para ella aquella carta significaba que le importaba bien poco.

—Lo siento. Siento lo que te he hecho. Siento que sufras por mí. — Era lo último que quería, pensó con una emoción que no dejó traslucir. Prefería que pensara que era frío a dejarle descubrir la verdad.

—¿Me has querido alguna vez? —le preguntó, arrepintiéndose al momento de mostrar su vulnerabilidad. Si decía que no, se moriría.

Garrett apretó la mandíbula. Vaya, Camile sabía ser directa.

—Eso ahora carece de importancia. —No era el motivo por el que se alejaba de ella.

Camile se dio cuenta de que su antiguo prometido no quiso decirle ni que sí ni que no y se descompuso. Sintió unas repentinas náuseas y sus piernas se aflojaron. Ni siquiera la ira era suficiente como para mantenerla fría y serena.

Fue desgarrador evidenciar lo poco que significaba para el hombre que era todo para ella, así que sus ojos se humedecieron, cargados de dolor.

Viéndola en aquel estado, Garrett se compadeció. Comprobar cuánto la había herido era peor de lo que había imaginado. Verla de esa forma le producía un dolor casi físico, porque el sufrimiento de Camile también era de él.

A punto estuvo de echarse atrás en su resolución, pues sus fuerzas flaqueaban.

—Sí, te quería —murmuró con un hilo de voz, rezando por que se conformara con lo poco que tenía y se marchara. Cuanto más pronto se diera cuenta de que lo suyo estaba muerto, antes lo superaría—. Me enamoré de ti la noche en que nos conocimos.

Ella ahogó una exclamación ante la noticia y su corazón empezó a latir de un modo descontrolado. Era la primera vez que se lo decía.

—¿Entonces? —logró pronunciar con voz lastimera.

Garrett desvió la mirada hacia el suelo. No quiso hacer hincapié en

ello, ya que su intención consistía en dejarlo en el pasado, por el bien de ella.

—De verdad quería empezar una vida contigo. —Levantó la vista y la miró fijamente a los ojos sin rehuir su mirada. Ella por lo menos merecía aquello—. Sin embargo, las cosas ahora son diferentes.

—¿En qué sentido? —quiso saber, todavía afectada por sus palabras. Sin poder tomar el control sobre sus propios sentimientos, una pequeña esperanza comenzó a nacer dentro de ella—. Porque podemos recuperar lo que teníamos. —Si de verdad la había amado como le decía, todavía estaban a tiempo de solucionarlo. Su rabia inicial había disminuido y ahora estaba segura de que su compromiso no había sido una farsa—. Comprendo que lo que sentías por mí haya ido decayendo a causa del tiempo y la distancia, pero ahora que ya estás aquí...

Garrett se dio cuenta de que Camile no le había comprendido bien. Lo último que le faltaba era ilusionarla de nuevo.

¿Cómo podría entonces olvidarle?

Soltó una maldición por lo bajo. Su plan inicial —romper el compromiso por carta y no volver a verla jamás— se desmoronaba por momentos y él era un maldito tonto por pensar que se saldría con la suya con tanta facilidad. ¿Cómo podía decirle a aquellos ojos suplicantes que su vida sería mejor si no estaba a su lado?

—No creo que eso sea posible —aseguró tajante, aunque le estaba costando bastante combinar la fantasía con la realidad, dibujar la línea divisoria. Temía acabar confesándole que nunca había dejado de amarla—. No es algo que se arregle con un par de paseos.

—El amor no desaparece con tanta facilidad —aseguró Camile con cabezonería. Garrett estaba de acuerdo, pero no iba a discutirlo con ella—. Confía en mí, lo sé.

Él negó con la cabeza para no darle alas.

—Camile, mis sentimientos por ti murieron hace tiempo y no hay nada que pueda hacerse para remediarlo. No quiero darle más vueltas

al asunto.

Ella, que había permanecido quieta en el mismo sitio desde el primer instante que entró en el despacho, se fue acercando hasta que solo el escritorio los separó y puso las palmas de las manos sobre la pulida superficie.

Garrett, por su parte, se aferró a aquella barrera a modo de escudo.

—¿Por qué? No lo entiendo. Me dices que me querías, ahora parece que ya no y yo solo intento que tengamos una segunda oportunidad. Te amo, Garrett —confesó—. Nunca he dejarlo de hacerlo y estoy dispuesta a intentarlo de nuevo. ¿Por qué te empeñas en negarnos la oportunidad de ser felices?

Garrett no se dejó conmovir. Su voz sonó fría a propósito.

—Porque sé con seguridad que nunca volveremos a recuperar lo que tuvimos.

—Por favor, Garrett. Por favor —le pidió suplicante.

Estaba en dificultades, cualquier maldito idiota, tarado y testarudo podía darse cuenta. Camile lo tenía contra las cuerdas y no sabía cómo salir del embrollo en el que él mismo se había metido.

Deseaba que la joven fuera feliz. Era lo que más deseaba, dadas las circunstancias. Y sabía con seguridad que la felicidad de ella le causaría aflicción a él, pero Camile lo merecía todo. Y Garrett no era el hombre adecuado para proporcionárselo. No estaba en condiciones de hacerlo. Así que pensó un modo rápido de solucionarlo. Lo malo era que no había tenido tiempo de meditarlo.

—Yo... —por un momento las palabras se le atragantaron—. He conocido a otra —soltó de improviso.

Tan pronto terminó de decirlo se arrepintió al contemplar el cambio en el semblante de la joven.

Estaba lívida.

Camile sintió un intenso dolor en la boca del estómago y en su mente se agolparon mil preguntas que era incapaz de pronunciar en voz alta. Durante las últimas semanas había imaginado mil y un

motivos a los que achacar el abandono de Garrett. Y sí, debía reconocer que la idea se le había pasado por la cabeza, pero que aquello se convirtiera en una realidad era demoledor. Imaginar a su amado en brazos de otra mujer, que pudiera reír con ella, incluso besarla, era más de lo que podía soportar.

—Nunca debí haber venido —logró decir sin apenas inflexión en su voz.

¿Cómo sería ella? Se preguntó al instante. Lo más seguro es que se tratara de una mujer mucho más hermosa, más educada, más rica. Quizás alguien a quien admirar. Una mujer con la que Garrett se sintiera orgulloso de estar y contemplar. No como ella, que era fea.

¿Quién querría estar con alguien como ella pudiendo elegir a alguien mejor?

En aquel momento se sintió como un despojo. Ya no le quedaban fuerzas para saber, ya todo le daba igual. Contuvo un sollozo y se dijo a sí misma que aquello era el final. Ya no importaba quién era la mujer que lo había conquistado, dónde la había conocido o lo que fuera. Allí ya no había nada para ella.

Lo miró con lágrimas en los ojos y ni siquiera se despidió, dio media vuelta y se marchó aprisa por donde había venido.

Garrett, sujeto a la emoción que lo embargaba, estuvo a punto de gritar su nombre y detenerla. Era atroz lo que acababa de hacer con ella y la palabra «canalla» se le quedaba muy corta. Sin embargo, su voz interior y al parecer la más cruel, le advirtió que no lo hiciera. Así que dejó que se alejara, se sentó y se masajeó la pierna para aliviar el dolor que había estado sintiendo.

Estuvo sumido en sus propios sentimientos durante unos minutos.

—¿Tenías que ser tan cruel? —la voz de Suzanne flotó en la biblioteca, haciendo una aparición lenta y pausada.

Su hermana, con los brazos en jarras y usando un tono acusatorio, frunció los labios a modo de disgusto. Había tratado de correr tras Camile para tranquilizarla, pero la joven se había marchado hecha un

mar de lágrimas y rechazando cualquier consuelo.

Lo que le había hecho Garrett era abominable.

—Es evidente que has estado escuchando la conversación —le dijo molesto. Últimamente no hacía más que meterse en sus asuntos.

—No se merece ese trato —continuó sin hacerle el menor caso—. ¡Por Dios, Garrett, ni siquiera has sabido manejar la situación! Lo has enredado todo más y mira que dudaba que eso fuera posible.

—Hago lo que creo que es mejor para ella.

—Eso has dicho miles de veces, pero sigo sin encontrarle sentido alguno al asunto.

—Será porque no quieres —masculló frustrado. Estaba harto. ¿Por qué no podía aceptar su decisión?

—¿Qué sentido tiene que los dos sufráis tanto? ¿Acaso es una especie de martirio? —Se situó frente a él—. Es ridículo.

—Es mi vida y soy lo suficientemente maduro para saber manejarla —le espetó—. Y un poco de apoyo por tu parte no me iría mal.

Suzanne volvió a fruncir los labios. No iba a compadecerse de su hermano así como así.

Había pasado muchas semanas a su lado tras el accidente, cuidándolo y animándolo. Y ahora estaba viendo un Garrett cambiado: mucho más huraño y negativo. Era cierto que sobre él había recaído la desgracia, pero era un hombre joven y capaz. Podía recuperarse. En el aspecto físico lo estaba haciendo. Y aunque no estaría ligado a la *Royal Navy* nunca más —en ese sentido sus sueños habían muerto—, por lo menos todavía tenía ante él un futuro prometedor.

Eso no sería posible si seguía empeñado en continuar sin Camile.

—¿Y cómo he de hacerlo cuando creo que estás cometiendo el mayor error de tu vida? ¿Otra mujer? —Sacudió la cabeza en un gesto de incompreensión y se sentó en una de las sillas vacías—. ¿En serio? ¿De verdad era necesario llegar a tal extremo?

Garrett no quiso confesarle sus dudas.

—Lo era —se limitó a contestar.

—¿De verdad? —Ella no estaba tan segura.

Desde que supo de su decisión, se mostró contraria y trató de hacerle desistir porque sabía cuánto amaba a la muchacha. También sabía que su felicidad estaba junto a ella, pues lo que tenían era especial. Suzanne conocía bien a su hermano y era consciente de la pasión que sentía por el mar. Su sueño era tener un barco propio, pero renunciaría sin pensárselo si Camile se lo pedía, cosa que la joven nunca hizo. Siempre se amoldó a la vida de Garrett. Era por eso que no podía aceptar que la apartara de él.

—Déjame recordarte mi situación: tengo una lesión en la pierna que me impedirá andar con normalidad. Para siempre —sentenció con una mueca de dolor.

—Eso no lo sabes. Los doctores han dicho...

—¡Al diablo con los médicos! —le gritó rabioso y tirando los libros que había sobre el escritorio de un manotazo. Su hermana dejó que se desahogara—. Soy un maldito lisiado y hasta la *Royal Navy* lo ha reconocido. Nunca más podré volver a subirme a un barco. Estoy incapacitado para ello. ¿De verdad crees que no me gustaría casarme con Camile y tener una familia con ella? Pero no puedo hacerle eso. Si miramos la parte económica, estoy sin un centavo. —Su hermana fue a protestar, abrió la boca, pero la cerró sin llegar a decir nada—. Sí, lo sé, me queda la paga de invalidez, pero apenas alcanzaría para mantener a Camile como ella se merece.

—No es una muchacha avariciosa, lo sabes —intervino finalmente—. Además, Frederick y yo os ayudaríamos. Sabes que quería regalaros una casa para vuestra boda.

—Y se lo agradezco, pero es mi responsabilidad. No puedo permitir que mis parientes vengan al rescate cada vez que lo necesite.

—¿Por qué no? Deja de ser tan orgulloso —soltó enfadada—. Eres un terco; demasiado obstinado, a mi parecer. Además, los negocios con Frederick van bien y en poco tiempo empezarás a recoger dividendos. Así que no me digas que es por el dinero —lo amonestó.

Garrett sacudió la cabeza.

—¿Y qué te parece mi lesión? Muchas veces no puedo dormir a causa del dolor en la pierna y mi andar se ha vuelto torpe. Necesito de la ayuda de un bastón. Me he vuelto un inútil.

—No creo que eso le importe a Camile. Ella te ama, idiota. Por lo menos deberías dejarla decidir.

—¡No! —fue tajante—. No voy a ponerla en semejante tesitura. No quiero que se quede a mi lado por lástima.

Suzanne resopló sin contenerse. Habían tenido aquella discusión docenas de veces.

—Me desesperas hasta el punto de desear abofetearte. —Se levantó con resolución y lo miró, advirtiéndole con el dedo índice—. Aquí lo único importante es que la amas y si la dejas escapar te convertirás en un ser... —por un momento dudó— triste.

Su hermano necesitaba una fuerza como la del amor que le ayudara a recuperarse.

—Pues que así sea —sentenció él, tozudo.

Cogió el bastón que descansaba a su lado y en el que por suerte Camile no había reparado y se enderezó con cuidado, dando por finalizada la conversación. Sin embargo, su hermana podía ser mucho más terca que él y no se lo permitió.

—¿Has pensado en su futuro?

Garrett arrugó la frente.

—¿Qué quieres decir?

—Me refiero a que con el tiempo puede conocer a otro.

Se lo comentó para hacerlo reaccionar.

Suzanne no creía que eso llegara a suceder; no porque minusvalorara a Camile, sino porque como su hermano, era una persona fiel. Estaba segura de que el paso de los años no haría que su corazón lo olvidara, ni siquiera con la presunta traición. Pero podía ocurrir que se lanzara en brazos de otro por despecho. Conocía muchos casos así.

—No me importa —dijo Garrett avanzando un poco y dándole la espalda.

—Mientes —lo provocó—. ¿Por qué no me lo dices mirándome a los ojos? —Garrett se giró y se enfrentó a ella. Su rostro no mostraba ninguna emoción, era como el granito.

—No me importa —repitió, aunque los dos sabían que la engañaba. Ella le sostuvo la mirada y al final se dio por vencido—. ¿Qué quieres de mí? —pareció suplicar—. Es un riesgo que estoy dispuesto a correr. Todo lo que he hecho ha sido pensando en ella. Quizás el método no sea el más adecuado, lo reconozco, pero debía hacerla desvincularse de mí porque quiero que sea feliz y si lo consigue con otro hombre... —Cerró los ojos sin querer imaginárselo y no pudo terminar la frase.

—Está bien —aceptó ella finalmente—. Veo que no hay forma de hacerte cambiar de opinión. Solo espero que todo esto no termine en tragedia.

Garrett tragó saliva y se batió en retirada. Las emociones se acumulaban y no era capaz de procesarlas. Había sido muy duro reencontrarse con Camile, enfrentarse a ella, negarle su amor.

Lo que ahora necesitaba era pasar un poco de tiempo solo.

«Garrett,

Permite que empiece esta carta disculpándome por mi última escena. Es ahora cuando comprendo que debí haberme ahorrado el bochorno y que eso era precisamente lo que pretendías cuando me escribiste desde Malta para poner fin a nuestro compromiso.

Actué con precipitación.

He de admitir con culpabilidad que me dejé llevar por el rencor; no recapacité. Sin embargo, algo en mí ha ido cambiando con el paso de los días y ahora soy capaz de confesar que sin lugar a dudas no me comporté de forma civilizada, tal como señalaste. No debí habérmelo tomado tan a pecho. Debí haber visto que me estabas haciendo un gran favor, pero no fue fácil para mí dominarme en esos momentos. Por suerte, y como he dicho antes, todos esos sentimientos han ido cambiando y puedo mirar al futuro con optimismo.

He conocido a un hombre maravillo: Jeremy Gibson, duque de Dunham. Él es todo lo que podría desear, comprensivo, atento, delicado... Doy gracias a Dios por ponerlo en mi camino en estos momentos de mi vida y, aunque no quiero adelantarme a los acontecimientos, tengo un buen presentimiento.

Y esta vez no esperaré tanto.

Por otro lado, no sería propio de una dama dar por hecho algo que todavía está por confirmar. Es por eso que te pido que disculpes mi indiscreción y no comentes con nadie el asunto.

Atentamente,

Camile Fullerton»

Garrett se removió nervioso sobre el asiento tapizado del carruaje. Guardó la carta en el bolsillo interior de la chaqueta e hizo un intento

por contener las arcadas que lo amenazaban. Después cerró los ojos, buscando que el dolor remitiera.

Fue una lástima que eso no llegara a suceder.

Se tenía merecido aquellas desgarradoras líneas. Eso sucedía por haberla tratado así. Esa había sido su venganza: en sus palabras podía reconocer la ironía e incluso había copiado algunas frases suyas con tal de herirle, de burlarse, de hacerle ver que lo había superado.

El problema residía en que no sabía a ciencia cierta si era verdad o una invención de Camile para mantener su orgullo intacto. Y, aunque no la tenía por mentirosa, tenía sus dudas. Fuera como fuera, le hacía daño.

Garrett se preguntó entonces si Camile podía dejar de amarle en tan poco tiempo y con tanta facilidad. ¿Sería posible? Apenas había pasado un mes desde la escena ocurrida en la biblioteca de su cuñado. En aquel momento había asegurado amarlo, incluso le rogó que volvieran juntos. ¿Entonces? No podía entender que la mujer fuera tan voluble; no su Camile.

Le escribió tan solo unos días atrás y no se lo había contado a nadie, tal como ella le pedía, pero había conseguido echar por tierra el poco ánimo que le quedaba desde el accidente. Esas noticias le carcomían y a veces incluso se negaba a levantarse de la cama aduciendo malestar.

Se sentía hundido.

Suzanne no comprendía la profundidad de su dolor, sus ganas de estar solo, de compadecerse. La había dejado marchar, libre, y ella había conocido a otro. Maldito duque y su título.

«Tengo un buen presentimiento y esta vez no esperaré tanto». Esas palabras se le clavaron como un puñal y por un momento necesitó aire. Siguió con los ojos cerrados y centró toda su atención en su respiración hasta que esta se normalizó.

Maldita fuera Camile por no querer arrancarse de su corazón y maldita Suzanne por obligarlo a salir de casa con tal de que le diera el aire. Había insistido e insistido para que lo acompañara a comprar y

por fin accedió. Sin embargo, una vez en la calle se negó a salir del vehículo.

Llevaba esperando a su hermana más de una hora y ya desde el comienzo se había arrepentido de su salida. No deseaba exponerse a los demás. Sus fuerzas flaqueaban y no había nada que pudiera hacer para remediarlo.

El carruaje se movió ligeramente hacia los lados, signo inequívoco de que el cochero había dejado su posición para apearse. Así que supuso que aquella salida tocaba a su fin. ¡Menos mal! Pero cuando la puerta se abrió no se encontró con el rostro de su hermana, sino de Camile.

De repente la sonrisa se le congeló en los labios.

Garrett todavía podía sentir el efecto que le causaban las afiladas palabras que Camile había escrito. La carta descansaba cerca de su corazón y ya casi se la sabía de memoria. La amargura había hecho acto de presencia y el rencor iba a la zaga. Por lo tanto, no podía decirse que fuera el mejor momento para aquel reencuentro.

Deseaba que ella fuera feliz. Por supuesto. ¿Pero significaba que tenía permiso para restregárselo en la cara? Y además, ¿tan pronto?

Después de mirarse unos segundos con estupor, Camile se dio la vuelta para enfrentarse a Suzanne que la empujaba desde atrás para que se metiera en el carruaje.

—Rápido, que ya ha empezado a llover —murmuró esta, apremiándola y no dando otra opción a la muchacha que ir a sentarse frente a Garrett.

Trató de maniobrar con cierta elegancia, pero la falda del vestido se le enredó por las prisas y a punto estuvo de caer. Por suerte, él reaccionó ante la emergencia y terminó agarrándola de la cintura. Tuvo que levantarse al vuelo, sin ningún apoyo y su pierna se resintió al instante.

Garrett a punto estuvo de emitir un aullido de dolor. Por suerte logró disimularlo apretando los dientes para no echar por tierra todo el plan

que había construido.

Mientras tanto, Camile recuperó la compostura y apenas pudo mascullar un escueto «gracias».

—¡Dios, cómo llueve! —exclamó su hermana quitándose el sombrero y acomodándose. —Les lanzó una sonrisita algo forzada—. Un poco más y terminamos empapadas.

—Ehh... cierto —Camile todavía no se había recuperado de la impresión—. No me habías dicho que te acompañaba tu hermano —murmuró con una naturalidad fingida, pues sabía que había sido una emboscada en toda regla. Además, de pronto recordó la carta que le había enviado y al instante enrojeció de vergüenza.

Garrett miró a su hermana con el ceño fruncido haciéndole saber que estaba al tanto de su jugarreta. En esos momentos se arrepentía de no haberle contado cómo estaban las cosas. Solo así lo dejaría en paz.

Era obvio, dadas las circunstancias, que no esperaba volver a estar tan cerca de Camile. No después de lo sucedido en el despacho y mucho menos después de su carta. Garrett convino que el destino se burlaba de él, porque todo parecía estar en su contra. Y aunque no era demasiado creyente, parecía como si Dios quisiera castigarle por su pecado. Y ahora la tenía allí, por unos instantes entre sus brazos. Esa era su penitencia: desearla y no tenerla.

Pudo aspirar su embriagador perfume de rosas, siempre tan característico en ella, que le llenó los sentidos y lo excitó al mismo tiempo. Hacía tanto que no estaba con una mujer... pero solo la deseaba a ella. Aunque habían estado prometidos bastante tiempo, nunca consideró la posibilidad de tomar su virginidad. Quería hacerlo bien, quería esperarse al matrimonio y, aunque en su interior sabía que tomó la mejor decisión, se arrepentía de no haber compartido esa intimidad con ella.

Lo añoraba.

«¿Se puede extrañar lo que no has tenido?», se preguntó con tristeza.

Esa pregunta quedó sin respuesta.

—¿Ah, no? —respondió Suzanne haciéndose la inocente. Para ella no parecía tener importancia saber que ambos ya no estaban comprometidos—. He arrastrado al pobre Garrett de compras, pero al parecer es mucho más interesante quedarse aquí encerrado que acompañarme.

Miró a ambos. Sin embargo, parecieron ajenos a su broma.

Suzanne había aprovechado el tiempo para ir al joyero en Regent Street, ya que quería encargarse un reloj de bolsillo grabado para el cumpleaños de su esposo, que estaba cerca. El tiempo estaba empeorando y ya regresaba cuando vio a lo lejos a Camile Fullerton. Como parecía ir sola decidió aprovechar la oportunidad. No quería hacer de casamentera ni nada por el estilo, pero había estado convencida de que su hermano se alegraría. No obstante, y fijándose bien, ahora no estaba tan segura.

Sentada al lado de Suzanne, Camile se sentía tan incómoda que no sabía dónde mirar, pero no era tanto debido a su compañía como a la situación. Si le hubiera advertido de la presencia de su hermano, nunca hubiese aceptado. Lo de vengarse de Garrett no fue algo premeditado, le salió de ese modo. Y, aunque ya la había cambiado por otra, supo que heriría su orgullo. Los hombres eran así. El problema residía en que tan pronto envió la carta, se arrepintió de ello al instante, haciendo lo imposible para que esta no llegara a su destino.

El esfuerzo fue del todo inútil. Desde luego, no fue la mejor decisión que había tomado y solo podía justificarlo de una forma: la locura le había invadido.

Al contárselo a Deirdre la cosa empeoró y vio cómo su rostro se desencajaba.

—¿Estás loca? —le preguntó.

Justo lo que ella pensaba.

—Bueno —se justificó—, no todo lo que he escrito es mentira.

—No, pero lo has modificado a tu conveniencia —la sermoneó.

Camile le había relatado palabra por palabra.

—Pero es cierto que Jeremy y yo hemos hablado de matrimonio —protestó.

—Solo porque ambos estáis despechados. ¿Acaso has considerado la posibilidad?

—Lo he pensado, sí.

—¿Por qué no me has comentado nada? —Camile notó que su amiga estaba molesta—. Creía que lo considerabas un amigo.

—Y lo hago. Aunque nos conocemos desde hace mucho, en este último mes hemos intimado un poco más —eso era muy cierto y ambas lo sabían.

Lord Jeremy Gibson, duque de Dunham, poseía una extensa finca familiar en Surrey, a no más de diez millas de la casa de sus padres y, aunque lo conocía desde pequeña, nunca habían mantenido una estrecha amistad... hasta hacía bien poco. Se saludaban y hablaban brevemente cuando coincidían en Londres e incluso había asistido a alguna cena en su casa, pero nada más. Como había dicho su amiga, les había unido el despecho.

—A eso se le llama compartir penas.

—Lo sé, lo sé. Oh, Deirdre —se quejó—, quiero casarme y formar una familia.

—¿Y no quieres estar enamorada para hacerlo? Porque si yo algún día me caso, lo haré enamorada de la cabeza a los pies.

—Pues no nos llueven oportunidades precisamente —se quejó con amargura—. ¿Entiendes por qué estoy considerándolo?

—Sí —admitió—, y no quiero que pienses que te juzgo; no es eso, pero no quiero que cometas un error.

—Otro error —la corrigió.

Después de eso intentó olvidarse de aquel bochornoso asunto, pero los remordimientos podían con ella. Ya no sabía si llorar de rabia, maldecir a Garrett o intentar mirar a Jeremy de otra forma. Y para colmo, ahora debía enfrentarse a él... de nuevo.

Un silencio incómodo se instaló entre ellos. Garrett carraspeó para aliviar la tensión y fue cuando sus ojos se posaron en ella.

Camile se dio cuenta y se mordió los labios, alterada. Esperaba no enrojecer bajo su escrutinio, pero es que él la ponía nerviosa.

Fue un alivio que Suzanne la rescatara.

—Me he ofrecido a llevar a Camile hasta su casa —se explicó—. Por el tiempo. Aunque no imaginaba que empezara a llover tan pronto.

—Por supuesto —murmuró su hermano tragándose la irritación—. Aunque no comprendo qué hacía usted sola por estas calles. Podría haber sufrido cualquier percance.

Camile sintió que la estaba riñendo y se encogió en el asiento. Le había pedido al cochero que no la esperara y el comentario de Garrett la hacía parecer estúpida.

Era cierto que había salido sin ningún tipo de compañía o protección, pero ella no era una damisela en apuros.

Además de todo aquello, y para empeorarlo más, se dio cuenta de que ya no la tuteaba.

Le irritó el comportamiento de su antiguo prometido. ¡Ella no era ninguna desconocida! ¿Acaso creía que mostrándose tan distante evitaría que se le lanzara a sus brazos?

¡Por favor, no estaba tan desesperada! Por lo menos ya no.

El orgullo pudo con ella. Se dijo que no iba a tolerar que la hiciera sentir peor de lo que ya se sentía.

—Regent Street es una buena calle —hizo notar mientras le lanzaba una mirada furibunda a Garrett—. Su hermana también parece habérselas arreglado sola.

Y no por ello había cometido un crimen.

—Por supuesto que sí —corroboró Suzanne.

Garrett no tardó en darle réplica.

—Pero al contrario que usted, ella es una mujer casada y eso le otorga cierto grado de autonomía. A usted, en cambio, la pone en

riesgo.

Camile torció el gesto, disconforme.

—¿Está diciendo, señor Bishop, que un ladrón discriminará a su víctima según si es casada o soltera? ¡Vaya estupidez! El valor de una joya sigue siendo el mismo.

—No me refería a ese tipo de peligros. Y usted lo sabe.

Camile ya no sabía nada. Estaba manteniendo una riña dialéctica sin sentido, solo con el fin de llevarle la contraria a Garrett. Y aquello no parecía querer terminar, porque estaba empeñada en decir la última palabra.

—¿De verdad? Porque de sus palabras se desprende que no tengo dos dedos de frente...

Él abrió la boca y la volvió a cerrar. Pareció pensarse la respuesta.

—Me gustaría saber cómo ha llegado a semejante conclusión. Solo he expresado que una mujer de su condición debería tomar precauciones para evitar riesgos.

Ya, por supuesto. Es que en la calle había docenas de hombres que se arremolinaban por comprometer su virtud, pensó con ironía.

Suzanne, que ya había escuchado demasiado, pensó en intervenir.

—Debes disculpar a mi hermano, Camile. A veces peca de sobreprotector.

—Seguro —murmuró por lo bajo, pues su intención no era que la escucharan.

¿Sobreprotector? ¡Y un cuerno! Garrett no era más que un cerdo narcisista que disfrutaba haciéndola sentir miserable. ¿Cómo podía haber vivido tan engañada?

Después, la mujer decidió cambiar de tema para relajar el ambiente. No obstante, siguió sin acertar.

—Y bien, Camile, ¿cómo te encuentras?

Era una pregunta sencilla. Solo debía decir que bien, pero él la miraba con los labios apretados, juzgándola y al final no respondió.

—Sí, Camile, ¿cómo? —le preguntó con tono burlón, haciendo referencia a la carta que ella le había mandado y en donde le relataba sus progresos en el tema amoroso.

La joven sabía que aquel asunto, si no inventado, era una exageración de los hechos. Llegados a ese punto, qué más daba. Seguía con ganas de pelea. No tenía por qué disculparse por haber conocido a otro hombre y pensar en la posibilidad de rehacer su vida a su lado.

Garrett se iba a enterar, pensó con resolución.

—No puede ir mejor —declaró eufórica, acomodándose en el asiento con la misma elegancia y seguridad que lo haría una reina en su trono.

Suzanne pestañeó, confundida. No es que esperase que la muchacha les contase lo apenada que se sentía, pero tampoco eso.

Supo que se estaba perdiendo algo.

—Magnífico —contraatacó él con una euforia que en realidad no sentía—. Que sea un día triste, por el tiempo —aclaró—, no significa que nuestros ánimos deban decaer. ¿Verdad, hermana?

Camile no le dejó contestar.

—Estoy de acuerdo. ¡Dejaría el tiempo inmutable si eso significara que mi felicidad se mantuviera intacta!

—Vaya, las cosas deben irle francamente bien para eso —exclamó al tiempo que trataba de esbozar una sonrisa.

Al final resultó no ser más que una mueca.

—Creo que no me había sentido tan bien en mi vida.

Una vez entrada en la exageración, no hubo quién la parase. Defendería su supuesta felicidad a capa y espada.

—¿De verdad? Ya que le inunda tanta felicidad, no le importará compartir el motivo con nosotros, ¿cierto?

Ahí la pilló bien, porque no deseaba que Suzanne supiera nada de aquello. Por lo cordial que la había tratado suponía que no estaba al tanto de su carta, así que no quiso hablar del tema de una forma tan abierta.

Pero tampoco iba a dejar que le ganara la partida.

—¿Qué quiere que le diga? —suspiró con toda la teatralidad de la que fue capaz, usando un talento que no creía poseer—. Así es la vida, una veces te quita, unas veces te da —dijo lo más digna que pudo.

—¿Y le ha dado mucho?

—¡Ah! —exclamó—. Más de lo que me ha quitado —esbozó una sonrisa de lo más encantadora cuando lo que en realidad quería hacer era estrangularlo.

Garrett tragó saliva, rabioso. No iba a dejar que le restregara por la cara su felicidad, pero él había comenzado el juego.

—Comprendo.

—Sabe —bajó el tono de voz, como si fuera a contarle un secreto—, recién he descubierto que la ciudad está plagada de asquerosas ratas. —Lo miró sin ambages a los ojos, sin pestañear—, y a veces invaden mi jardín, pero he aprendido que se pueden aplastar y seguir disfrutando del paisaje.

Suzanne ahogó una exclamación. Aquello estaba tomando un cariz muy peligroso.

—Pero hay veces que las flores y las plantas están infestadas y uno no puede darse cuenta. Resulta que uno cree que su jardín es perfecto para luego darse cuenta de la plaga de alimañas.

—Créame, eso ya me ha sucedido —y prosiguió con la analogía—. He sufrido las ratas, alimañas y todo tipo de bichos. Incluso hubo un momento que pensé en no volver a pisar mi jardín. Sin embargo, la primavera llegó y todo volvió a cobrar vida. Así que ya ve, diría que es buen día para sonreír.

Sus palabras provocaron la frustración en Garrett, que optó por la prudencia y calló, lo que hizo que ella se sintiera victoriosa. Era lo único bueno que sacaría de todo aquello.

Suzanne aprovechó el momento para relajar la tensión y distraerlos un poco, porque aquello no estaba saliendo nada bien y cualquiera de los dos podía estallar.

—Camile, querida, seguro que habrás recibido la invitación del señor Anthony Steel para el sábado. ¿Irás? —se apresuró a preguntar.

Hablando del baile nadie podía salir herido.

—Sí, ya está todo preparado para ello, aunque debo admitir que la invitación causó controversia en la familia Doyle. —Centró toda su atención en ella, evitando a su antiguo prometido a propósito.

—Como en todas —exclamó—. Yo estuve dudando una semana entera y hasta tres veces, tres veces —repitió—, se lo pregunté a Frederick.

—¿Por qué? —preguntó entonces Garrett.

Su hermana meneó la cabeza.

—Querido, pareces ajeno a todo, ¿no recuerdas que hablamos de eso?

—Pues no —se cruzó de brazos.

—Ay, tú siempre pensando en tus cosas. En fin... Resulta que viene de los Estados Unidos y el caballero, por llamarlo de algún modo, pues eso todavía está pendiente de comprobar, ha organizado un baile de máscaras. Aunque eso no sería nada excepcional, pero sí poco frecuente, digamos que con su reputación de... oscuro, no ayuda mucho a las familias respetables a decidirse.

—¿Caballero que todavía está pendiente de comprobar? —repitió sus mismas palabras—. ¿Oscuro? —se burló—. ¿Acaso es un hechicero o algo así? No creí que creyeras en cuentos a tu edad.

—No seas zoquete —le recriminó—. Todo el mundo sabe que su abuelo era marqués y que posee una gran fortuna, pero si tenemos dudas sobre su persona tiene que ver con su estafalario comportamiento y las noticias que circulan sobre él —Camile asintió con la cabeza, pero no quiso intervenir—. Porque parece que hizo fortuna con maneras no muy... aceptables. Según la información que nos ha llegado, importaba y exportaba bienes sin pagar los aranceles.

—Lo veo poco probable —argumentó—, de otra forma las autoridades no le hubiesen dejado establecerse en Inglaterra.

—Un poco de dinero obra milagros —aseguró.

—Que pudiera sobornar a algún agente, no te diré que no, pero a todo un estamento gubernamental...

—Eres un iluso y un idealista —dijo con aire de suficiencia.

—A lo mejor. —Aunque él no estaba tan seguro. Él mismo y sus compañeros habían luchado en Malta contra el contrabando, sabía que existía, pero las autoridades inglesas luchaban con ahínco para combatirla. Prefirió no hacer hincapié en ello—. ¿Y a pesar de eso queréis ir?

La respuesta nunca llegó a expresarse porque en ese momento el carruaje se detuvo frente a la casa de ladrillos de la familia Doyle y los sirvientes aparecieron cargados de paraguas.

—Me tengo que ir —murmuró Camile agradecida por poder marcharse—. Muchas gracias por haberme traído hasta casa... y por salvarme de la lluvia —concluyó.

—Ha sido un placer, ¿verdad Garrett? —Lo miró con aire inocente.

—Por supuesto —fue lo único que pudo decir sin maldecir a Suzanne.

Camile no perdió el tiempo para escapar de los hermanos y descendió los escalones del carruaje a una velocidad nada propia de una señorita. Por suerte, podía echarle la culpa a la lluvia.

—Podías haber sido un poco más amable con ella —le recriminó tan pronto la portezuela se cerró.

Garrett solo contestó con un gruñido, cerró los ojos e intentó dormir durante el trayecto de regreso a casa mientras su hermana seguía regañándole por su comportamiento.

El ambiente festivo impregnaba los salones de la majestuosa mansión y se extendía hacia los jardines. Todo había sido decorado con esmero y sofisticación en un escenario que recordaba a un espectáculo veneciano: las telas y los tapices con estampados típicos del Renacimiento, la música e incluso la comida trasladaban a otra época donde la festiva suntuosidad y el desenfreno no parecían tener fin.

Todo Londres se había congregado en aquella fiesta y aunque todavía no había unanimidad en la opinión sobre el anfitrión, al final nadie se había podido resistir a conocerle. La primera impresión había sido buena, pero los prejuicios seguían siendo muy fuertes.

Los invitados echaban furtivas miradas al rechoncho hombre en lo alto de la escalera y murmuraban entre sí. Desde su posición podía estar pendiente de todo, pero su puesto debería estar junto a su esposa, recibiendo a los invitados; sin embargo esa tarea la había reservado para ella sola.

Camile enfocó la vista, limitada a causa de la máscara, y se tomó del brazo del duque de Dunham para recorrer las estancias junto a él y a la familia Doyle. Su acompañante, en cambio, aunque había llegado con una máscara, parecía incómodo con la idea del anonimato y prefería llevarla en la mano en lugar de en el rostro.

La joven se había prometido disfrutar aquella noche, olvidar todo lo que estaba mal en su vida. Así que aquella especie de juego que consistía en adivinar quiénes eran los invitados le parecía de lo más divertido.

Hasta ahora había reconocido a diversas personas.

Podían tacharlo de un pasatiempo frívolo, pero era lo que necesitaba, al fin y al cabo. Jeremy, en cambio, parecía demasiado

serio para eso.

—Nunca había asistido a una fiesta con tanta opulencia —comentó a Cassandra, hermana de Deirdre.

—Parece ser que el señor Anthony Steel no ha escatimado en gastos.

—Se nota que quiere hacer gala de sus riquezas —comentó Jeremy con cierto desprecio en su voz.

—¿De qué les va a valer tanta fortuna cuando mueran si no tienen un heredero a quién dejárselo? —opinó Sharon mientras se abanicaba.

—Conozco a alguien, que conoce a alguien, que tomó amistad con ellos en América y me contó que los señores Steel tienen un hijo con el que no se hablan.

Todos se sorprendieron ante la revelación del padre de Deirdre, el conde de Millent.

La familia Doyle comenzó a especular sobre la certeza de ese hecho, pero Camile pronto dejó de escuchar la conversación. Tenía una sensación extraña que no supo cómo definir. Un punto de incomodidad y nerviosismo del que era imposible encontrar el origen. Y venía arrastrando aquello desde que habían entrado en aquel salón en particular.

Se dio la vuelta y curioseó entre la multitud. No buscaba a nadie en especial, pero notaba como si la estuvieran observando o cuchicheando sobre ella. Una tontería, se dijo. O a lo mejor no, se contradijo. En el último mes había levantado decenas de cotilleos por su estrecha relación con el duque de Dunham y aunque nadie se había dirigido a ella para preguntarle acerca de su compromiso o falta de él, dado el comportamiento que mostraba, no pudo dejar de notar que era objeto de murmuraciones.

Así que debía de ser eso. Jeremy iba con el rostro descubierto y rodeado de la familia Doyle. Era lógico que pensaran que era debido a Camile.

La joven seguía preocupada por que de repente se convirtiera en el

centro de atención, sin embargo, toda su vida había soportado que hablaran de ella de forma despectiva por el simple hecho de ser fea. ¿Qué le importaba ahora?

Sonrió para sí, más convencida que nunca de hacer caso omiso a aquella sensación, pero entonces se dio cuenta de que un hombre no le quitaba ojo.

El vello se le erizó y sintió un escalofrío. No supo qué era, pero había algo extraño en él y en la forma en que la observaba. Estaba contemplándola fijamente, como si la vigilara a ella en particular.

«¿Por qué?», se preguntó arrugando el entrecejo. Aquello no era debido a los cotilleos. El hombre no parecía tener acompañante y estando solo no tenía con quién conversar. Así que era posible que pensara que era cualquier otra mujer. Camile no se había quitado la máscara y era muy probable que su figura o incluso su vestido lo hubieran confundido.

Camile también se permitió observarlo. Era alto y vestía un traje de noche oscuro, como la mayoría de los invitados, pero el antifaz negro le daba un aire de peligrosidad y misterioso. Advirtió que se apoyaba en un bastón y en aquel instante se le ocurrió pensar que se trataba de un anciano, aunque desechó la idea. No parecía un hombre mayor.

Tras lanzarle unas miradas directas con las que pretendía que él se diera cuenta de que lo había cazado y que su comportamiento demostraba su mala educación, comprobó con azoro que el desconocido ni siquiera pestañeaba.

Eso aumentó el misterio y estuvo tentada a acercarse, aunque por suerte se refrenó.

«¿Desde cuando eres tan intrépida?», se dijo, y al instante se sintió ridícula. Con ello solo conseguiría que pensarán que era una descarada.

Decidió que ya era mayor para ese tipo de juegos e iba a darse la vuelta cuando el hombre de la máscara esbozó una sonrisa burlona, giró sobre sus talones y desapareció entre la multitud.

Se quedó petrificada por lo que acababa de ocurrir y se dio cuenta de que debía conocerle, porque de otro modo, ¿por qué iba a comportarse así?

Con un ímpetu que no había percibido antes en ella, Camile dejó a los presentes sin mediar palabra; se recogió la falda de los lados para no pisarse el dobladillo y casi corrió por el abarrotado salón persiguiendo al desconocido.

Era una fuerza poderosa la que la empujaba a actuar y no tenía tiempo de ponerse a razonar consigo misma sobre lo mal que lo estaba haciendo.

El hombre se movía rápido a pesar de su cojera. Pero ella más.

Lo alcanzó justo cuando cruzaba las puertas abiertas del próximo salón.

—¡Señor, necesito hablar con usted! —gritó por encima de las voces.

No fue suficiente para que él la oyera; la música amortiguó sus palabras. Si él dejó de andar y se dio la vuelta para enfrentarla fue gracias a que Camile lo había detenido posando la mano sobre su antebrazo.

En el instante en que sus miradas se cruzaron Camile se dijo que había perdido el juicio. Total y absolutamente. Como descubriera que se trataba de un perverso octogenario al que le encantaba perseguir jovencitas, la humillación sería épica y la vergüenza que sentiría la acompañaría por el resto de su vida.

¿Qué explicación iba a dar? ¿Que su corazón anhelaba a un príncipe azul? ¿Que por eso corría?

¡Habrás visto semejante bobada!

Sin embargo, en el fondo no lo era tanto. La desilusión que comportaba darse cuenta de la clase de hombre que era Garrett había dado alas a la versión más romántica y emotiva de Camile.

«Imposible», se dijo un poco después con escepticismo. Si en verdad existiera un príncipe azul y llegara hasta ella, saldría huyendo tan

pronto le viera el rostro. Ella no era un patito feo que se convertiría en cisne. No, ella seguiría siendo un patito toda su vida.

El desconocido alzó una ceja tras el prolongado silencio de la joven y eso la hizo reaccionar.

—¿Nos conocemos? ¿Quién es usted? —le preguntó, tratando de que su voz no sonara temblorosa.

Él sonrió del mismo modo que había hecho antes de marcharse, con pereza, cinismo y sensualidad.

Camile quedó cautivada. Esos ojos ejercían poder sobre ella y consiguieron que sus pies se quedaran clavados en el suelo. Y esos labios... ¡Dios! Le eran tan familiares que le produjeron recuerdos que la lastimaron.

¡¡Garrett!! Era como si estuviera frente a él.

Soltó una risita floja que se apresuró a disimular.

Se dijo que su imaginación le jugaba malas pasadas. Estaba tan obsesionada con lo que le había hecho su antiguo prometido y al mismo tiempo seguía tan enamorada de él, que su mente había creado aquella fantasía nada propia en una dama decente.

No podía ser Garrett.

Cuando la mirada del desconocido recorrió su boca y su mentón, luego descendió por la clavícula para finalmente posarse en su escote, Camile sintió cómo dejaba de respirar. Jamás había sentido el fuego interior que estaba notando en aquel instante. Ni siquiera con Garrett.

Él había despertado muchos sentimientos en Camile: el amor el más importante. Se había mostrado cálido y cercano, al mismo tiempo que respetuoso con su virtud. Por eso daba tanta importancia al hecho de mantener las distancias. Un cortejo clásico y en toda regla. Y sí, Camile había suspirado millones de veces por él. En ocasiones le daba la sensación de que no hacía otra cosa, pero su corazón no había experimentado esa expectación y delirio que parecían acompañarla en aquel momento.

Esas emociones aumentaron a medida que el desconocido tomaba su

mano enguantada y depositaba un beso en el dorso que duró más de lo debido y de lo apropiado.

¡Cielo Santo! Lo que debería ser motivo de azoro y repulsión se había convertido en... en... Dudó. Por supuesto que estaba azorada. Un simple contacto a través de la tela había causado un tremendo efecto sobre ella. ¿Repulsión? En absoluto. Podían condenarla, pero se sentía más viva y coqueta de lo que pensaba que a una mujer soltera le correspondería.

¿Quién lo iba a saber? Al fin y al cabo ambos llevaban máscaras.

Él debió notar su falta de resistencia, porque a continuación la tomó de la cintura con la misma libertad que lo haría un amante y la pegó a él. Como respuesta, Camile soltó un suave jadeo que no era indicativo de miedo; a pesar de que el desconocido era cada vez más atrevido.

Su bastón no fue impedimento para nada.

En un intento por averiguar de quién se trataba y ante su falta de respuesta verbal, trató de quitarle la máscara. Sin embargo, su embiste fue interceptado y él le apartó la mano con brusquedad. Fuera quien fuera deseaba seguir en el anonimato y Camile seguía demasiado fascinada como para enfadarse. Tampoco hizo ningún intento por deshacerse de su abrazo, a pesar de saber que aquel salón concurrido era el lugar menos adecuado para una demostración pasional.

—Se está tomando demasiadas libertades y yo sigo sin saber quién es.

Tampoco entonces dijo nada. Solo pasó el dedo índice por el interior de su escote mientras la observaba circunspecto.

¡Inaudito!

En aquel punto sí que estaba escandalizada.

Horrorizada, Camile miró a ambos lados rogando por que pudiera salir airoso de aquel espectáculo que había propiciado ella. Y comprobó, con alivio, que nadie estaba prestándoles atención. Entonces, ¿por qué sentía sus mejillas inflamadas y su corazón latía desbocado? ¿A qué se debía tanta agitación?

—Quíteme las manos de encima, sinvergüenza —exclamó entre dientes.

Su ofensa se debía más a su falta de comunicación que a sus actos descarados. Pero a pesar de tanta fascinación por aquel desconocido, que se movía y actuaba como un hombre joven, Camile no iba a permitir que se sobrepasara más de lo que ya había hecho.

Para su sorpresa, él le obedeció al instante y dejó caer los brazos. Después, se marchó sin que ella hiciera nada por detenerlo.

¡Demasiado había hecho ya!

Mientras seguía percibiendo el aroma masculino que había dejado aquel desconocido, Camile se sobresaltó al notar una mano en el hombro.

Dio un pequeño brinco.

Giró ligeramente el rostro con fastidio por tener que renunciar al pequeño placer que había supuesto su aventura y se encontró mirando directamente a los ojos de su pretendiente: Jeremy Gibson, duque de Dunham.

—Camile, ¿estás bien? —le preguntó en ese momento, tomándola del codo con delicadeza y observándola con preocupación. Había salido en su busca—. Nadie sabía a dónde habías ido.

Ella parpadeó y le prestó atención.

—Lo siento —se excusó—. Me pareció ver a un conocido.

Jeremy la escoltó hasta el lugar en el que estaban los demás. Y a partir de aquel instante su intención consistió en olvidarse de lo que acaba de ocurrir y centrarse en la conversación que se seguía manteniendo sobre la familia Steel, pero a pesar de sus esfuerzos por disfrutar de la velada, su mente parecía divagar en el cercano recuerdo de aquel desconocido.

Todo cuanto la rodeaba dejó de tener importancia. Estaba ajena a ello.

Después de someterse a decenas de cavilaciones, cada una más singular que la otra, empezó a ponerse nerviosa por no poder dar con

la respuesta adecuada y pensó seriamente en marcharse a casa a dormir. Si no lo hizo fue porque no quería estropear la noche a los demás. Y mucho menos a Jeremy, que se estaba portando de maravilla con ella.

Estaba en un momento en el que no quería seguir llorando por Garrett; él no lo merecía. Además, el duque le tenía aprecio y Camile a él. Se trataba de un caballero gentil y sincero, con una reputación intachable... por lo menos en cuanto a su conducta. Si bien, desde su punto de vista, aquello no suponía una base sólida para el matrimonio. O por lo menos no era suficiente.

La tarde anterior, en una de sus salidas, Camile decidió sincerarse. Él parecía ilusionado con unos planes que la incluían y eso la hacía sentir culpable, puesto que ella no estaba preparada para ellos. Así que se adelantó a sus intenciones. Siendo más atrevida de lo que había sido nunca y esquivando cualquier atisbo de vergüenza, le dijo que una unión entre ambos era del todo imposible. El amor que sentía por Garrett no había disminuido ni un ápice y sería muy injusto someterlo a una eterna comparación.

Él debía de saber de qué hablaba, ya que también le habían roto el corazón, justo el día de su boda.

Jeremy no aceptó su rechazo de buenas a primeras. Le aconsejó que esperara, pues el tiempo era una buena cura para sanar las heridas. Le prometió que él, por su parte, tendría paciencia y que no la abrumaría con sus atenciones. Así que al final no había sido tan rotunda como se había propuesto y él seguía teniendo esperanzas.

Camile se pasó la mano por la nuca, dándose un suave masaje que la liberara un poco de la tensión que sentía. Le habían ocurrido demasiadas cosas en los últimos tiempos y ahora comprendía que debería haberse quedado en Surrey junto a sus padres. Por lo menos ahí solo le perseguiría el tormento de Garrett.

Ahora debía lidiar con su presencia, la recién descubierta verdad, la negativa de Jeremy a aceptar su decisión y el hombre enigmático.

—Ya que has decidido asistir, me gustaría que disfrutaras un poco de la ocasión —comentó Suzanne a su hermano sin ser demasiado crítica.

No se atrevía a preguntarle el motivo de su repentina decisión porque tenía la esperanza de que fuera para recuperar a Camile.

Suzanne era así de romántica y no quería llevarse un chasco.

Reconocía que todavía no había aceptado el hecho de que ya no estaban juntos. A pesar de estar en contra de la postura adoptada por su hermano, una parte de ella entendía su propósito y lo último que quería era causarle más daño a Camile. Sin embargo, después anunció que asistiría a la fiesta y una nueva esperanza renació en ella.

Se dijo que lo mejor para todos sería que Garrett admitiera el gran error que había cometido y se dejara guiar por el corazón.

Concibiendo una esperanza, Suzanne estudió el extraño comportamiento de Garrett. Si quería volver a congraciarse con la muchacha, ¿por qué no se había separado de ellos más que en una ocasión? Debería estar buscando a su amada con ahínco, postrarse a sus pies —si su pierna se lo permitía— y rogar que lo perdonara.

Sí, señor. Una declaración en toda regla delante de la multitud. Eso serviría para extinguir los cotilleos que circulaban entre sus amigos y conocidos y de los que ella había tratado de zafarse. No le correspondía anunciar nada, pero la cuestión era que ni Garrett ni Camile habían hecho pública su separación y además, que la joven aceptara la compañía del duque de Dunham no ayudaba en absoluto.

Solo alimentaba los cotilleos.

—Deja a tu hermano en paz —murmuró su esposo cerca de su oreja—. Que haya venido ya es un logro en sí. —Era mejor eso que quedarse encerrado en casa.

Garrett, que permanecía con el ceño fruncido obviando cualquier diversión, no pudo oír lo que su cuñado le decía; aunque era deducible. No culpaba a su hermana por querer que se lo pasara bien, pero se sentía incómodo, fuera de lugar y se estaba preguntando qué hacía ahí.

Si era sincero consigo mismo, reconocería que era por Camile: una parte de él sentía curiosidad por saber si iría acompañada por ese lord, pero entonces esta se transformaba en envidia insana y le entraban ganas de darle una paliza.

¡Camile le amaba a él!

Estaba seguro de que con la pierna lesionada y todo podría ganar a ese duque salido de la nada, aunque entonces Camile lo odiaría más, si eso todavía era posible y debería regresar a casa con el rabo entre las piernas.

Sus opciones eran escasas, ella ya se había marchado de su vida y a duras penas podría recuperarla. Si ahora le contaba lo de la pierna seguramente no serviría para nada.

Se arrepentía de todas y cada una de sus decisiones. Era una certeza.

Hecho un lío, pensó qué debía hacer. ¿Dejarlo todo como estaba y esperar que Camile llegara a alcanzar una vida plena? ¿Intervenir y quedar como un idiota? Era arriesgado, pero quizás tuviera una pequeña oportunidad. Esa era otra razón por la que había decidido ir esa noche.

Garrett había estado observándola un buen rato desde una distancia prudencial y en un principio el resultado no había sido nada satisfactorio: la vio hablar y reír con su acompañante y con los miembros de la familia Doyle. Lo cierto era que no parecía demasiado apenada por su abandono, por el contrario, diría que estaba disfrutando de aquel baile de máscaras. Y a Garrett lo que más le dolía era verla en con ese hombre, porque al instante se dio cuenta de quién era por la forma de tratarla.

Sintió rabia. Una terrible rabia que no había experimentado antes.

Entonces ella se dio la vuelta y por alguna extraña razón lo miró

directamente, como si supiera que era su objeto de deseo.

Todavía podía sentir el cosquilleo en el cuerpo que experimentó en ese instante. Era la mujer más cautivadora que había conocido jamás y su aspecto, aquella noche, era espectacular. Camile lucía un vestido de seda a rayas, coral y negro, que le sentaba a la perfección.

Garrett se sintió como si fuera la primera vez que la viera.

Tragó saliva, esperando que no lo reconociera, porque su moderado optimismo y la valentía se habían esfumado por arte de magia. En un abrir y cerrar de ojos se había convertido en un auténtico cobarde.

Era el momento de admitir su derrota, incluso antes de librar la batalla. Si pudiera cambiar las cosas lo haría sin dudarlo, pero ya era demasiado tarde para ellos.

Nunca hubiera pensado que ella osaría perseguirle y encararse a él. Lo que vino a continuación conseguía marearlo solo de pensarlo.

Garrett se había comportado con auténtica desfachatez. Los celos y el deseo habían tomado las riendas tanto de su cuerpo como de su mente y en consecuencia la inhibición había desaparecido. Por lo menos en parte, porque lo que deseaba en realidad era estar a solas con ella y tomar lo que antes había rechazado.

Idiota, idiota, idiota. Solo así podía llamarse. Su cabeza era un hervidero en el que Camile pasaba a ser de la más deseable a la más mezquina de las mujeres.

Se daba cuenta de que no lo había reconocido. Aun así, había aceptado su cercanía y el contacto íntimo que había habido entre ellos.

¿Podía ser, que en su inconciencia, hubiera sentido que estaban destinados o simplemente se había transformado en una joven que aceptaba cualquier clase de proposición?

—Creo que es hora de marcharme —dijo de pronto a su hermana y a su cuñado.

Necesitaba pensar largo y tendido sobre su vida.

—¿Estás seguro? —le preguntó Frederick con asombro—. Ya que estás aquí...

—Estoy cansado, creo que hoy me he excedido y me duele la pierna.

En cierto modo se trataba de una excusa. Era innegable que el dolor existía, si bien no era tan intenso como para hacerlo marchar si él no quería.

—Pues nos iremos todos —declaró su hermana con resolución.

—No tenéis porqué hacerlo. El cochero me llevará y más tarde puede regresar por vosotros.

—No, no, si tú te vas, nos vamos todos —afirmó cabezota.

—Pero si no hace ni una hora que hemos llegado —protestó Frederick, que no estaba nada conforme—. ¿Para eso todo este embrollo? El vestido, los trajes, las máscaras...

—Está bien, lo entiendo. Pero Garrett...

—Ya es mayorcito. Deja de hacer de madre. Si quiere hacerlo, pues que lo haga.

—Gracias, Frederick —murmuró palmeando la espalda de su cuñado. Suzanne, como hermana mayor, siempre había sido protectora con él, pero desde su lesión en la pierna su comportamiento era más exagerado.

Ella se dio cuenta de que ambos hacían frente común y les sonrió aceptando su derrota. Las cosas no siempre podían hacerse a su modo. Sin embargo, la sonrisa se le quedó congelada en los labios cuando se dio cuenta de quién se acercaba y la pilló con la guardia baja.

Miró a los dos hombres que la acompañaban y observó que los ojos de su hermano chispeaban. También se había dado cuenta.

—Suzanne —murmuró Camile con el rostro descubierta. No había ningún titubeo por parte de la joven y era obvio que se alegraba de encontrárselos entre aquella multitud.

—Camile —le respondió con aspereza, sin hacer gala de sus modales.

Por supuesto que había escuchado los rumores sobre ella y el duque de Dunham, pero no les había hecho demasiado caso. Por lo que a ella

respectaba, la joven seguía perdidamente enamorada de su hermano y solo se estaba mostrando amable con el hombre que resultaba ser vecino de sus padres. Nada más.

Ahora no podría afirmar aquello de ningún modo.

Se fijó en la forma en la que aquel duque la escoltaba... bastante elocuente. Y a Suzanne no le gustó en absoluto. Era como si la traicionaran a ella misma.

Jeremy Gibson, duque de Dunham, estaba dejando claro su interés por ella sin gritarlo a plena voz y para todos era conocido que iba a la caza de esposa.

Y la inocente Camile parecía aceptarlo de buen grado. Con una tímida sonrisa, eso sí.

¡La muy hipócrita! ¿Cuánto le había durado el amor por Garrett?

Suzanne perdió toda la cordialidad. Si la muchacha se dio cuenta, no dio muestras de ello.

—¿Has venido con Frederick? —dijo ajena a las mirandas cargadas de acritud.

Camile observó a los dos hombres que se mantenían a su lado y se dio cuenta de que uno de ellos llevaba bastón. Un bastón idéntico al de...

El corazón se le paralizó. Había transcurrido por lo menos media hora desde que compartieran aquel encuentro que la mantenía aturdida.

«¡Por Dios, que no sea Frederick!»

Trató de disimular el temblor producido por el miedo. Sin embargo, su voz interior la calmó. Era imposible que aquella figura que se alzaba orgullosa ante ella fuera el esposo de Suzanne. No lo había sentido así.

Entonces, ¿quién demonios era?

—Yo no esperaré otra cosa —sonrió el aludido mientras se quitaba la máscara. No había en él ni una pizca de aspereza en el tono de su voz—. Me alegra verte, muchacha.

Camile suspiró de puro alivio al comprobar su identidad.

—Igualmente —musitó. Sin embargo, sentía que no podía relajarse con los ojos fijos todavía en ella.

—¿Quién es el caballero que te acompaña? —le preguntó Suzanne con el entrecejo fruncido y con cara de pocos amigos. Aunque todos sabían de quién se trataba.

Camile, alertada por su brusquedad y dejando de pensar en la identidad del desconocido por un momento, escrutó su rostro. Buscaba alguna señal que le ayudase a comprender la sorprendente transformación de la mujer, pues la última vez que coincidieron su comportamiento fue muy distinto.

La situación se tornó un poco violenta. En otra época había sido muy cercana a ellos, sin embargo ahora no sabía cómo tratarles: si como unas viejas amistades, como unos meros conocidos o ignorarles, haciéndoles el vacío, pero ella no era así, no podía culparlos por el comportamiento de Garrett.

—Su Gracia, el duque de Dunham —dijo el enmascarado con rotundidad y muy seguro de sí mismo—. Al parecer está muy unido a la señorita Fullerton —explicó a los presentes.

Con horror, Camile supo al instante de quién se trataba; incluso antes de que se quitara la máscara. Le había reconocido la voz. Además, estaba demasiado impresionada por encontrarse frente a él como para reaccionar ante sus palabras.

A pesar del escalofrío que recorrió su cuerpo de arriba abajo, logró mirarle fijamente a los ojos castaños mientras se llamaba tonta por no haber hecho caso a sus instintos. Era él y seguía manteniendo la misma actitud retadora que el día del carruaje.

«¿Por qué?», se preguntó entonces. Ella ya no significaba nada para Garrett. Él se lo había dejado muy claro, tanto con sus acciones como con sus palabras.

Su corazón comenzó a latir desbocado, perdió la compostura habitual en ella y las presentaciones de rigor parecieron borrarle de la memoria.

El duque, hasta el momento había permanecido impertérrito porque le eran personas ajenas y no quería inmiscuirse, pero la hostilidad hacia la muchacha se palpaba.

Eso era algo que no iba a permitir.

—En efecto... —fue lo único que pudo decir antes de que Garrett lo interrumpiera impertinente.

Era una total grosería y una evidente falta de respeto, pero Garrett pareció haber olvidado sus buenos modales.

—Esta noche ya he visto todo lo que tenía que ver, así que no me queda más que añadir un «buenas noches». —Hizo una leve inclinación de cabeza, algo tosca y giró sobre sus talones.

Camile no pudo evitar fijarse en su cojera mientras se marchaba y se preguntó si sería una teatralización o realmente se había dañado la pierna.

Pero estaba demasiado impresionada como para abrir la boca.

—¿Cómo has podido? —murmuró rotunda Suzanne cuando su hermano estaba lo suficientemente lejos como para no oírla.

—¿Eh? —La cabeza le daba vueltas a causa de la conmoción.

Tuvo que poner toda la atención de su parte. La hermana de Garrett le estaba hablando, pero la joven no entendió a qué se refería.

—Te he subestimado. Ahora reconozco lo hábil que eres. Seguro que cambiar a Garrett por un duque tiene sus beneficios.

Camile se quedó boquiabierta ante tal acusación. Jamás hubiera esperado que Suzanne le lanzara una inculpación de ese tipo.

La joven no se quedó de brazos cruzados, escuchando aquellas sandeces. Cuadró los hombros y levantó el rostro con dignidad.

Podía ser fea, no tener ninguna gracia o atributo, pero era una mujer de carne y hueso y nadie tenía derecho a tratarla como habían hecho ellos.

—Me gustaría recordarte que fue tu hermano quien me dejó —le contentó abrumada por la situación y sin querer darle más explicaciones.

Quizás había decidido mantener con Jeremy una simple amistad. Y si era así,
¿qué le importaba a ella?

—Y por lo que parece, no has tardado mucho en sustituirlo —le espetó.

Aquel comentario la enfureció.

—Disculpe —intercedió el duque con disgusto antes de que Camile pudiera formular una respuesta—. Quién le da derecho a... —pero la joven no iba a quedarse callada esperando a que la rescataran. En consecuencia, el duque fue interrumpido por segunda vez.

—Eres una hipócrita —le soltó una Camile con un tono subido—. No sabía que medías con diferentes baremos. ¿Acaso no condenas cómo ha obrado tu hermano?

—¡Por supuesto que sí! Mil veces se lo he hecho saber —confesó con vigor—. Estaba de tu lado, pero ahora...

—¿Ahora qué? —quiso saber sin importarle que la gente a su alrededor estuviera mirándolos sin ningún tipo de disimulo—. He procedido con suma elegancia y decoro ante el abandono de Garrett. Si ahora decido mirar al futuro y rehacer mi vida, tengo todo el derecho del mundo. Ni tú ni nadie puede juzgarme.

Se escuchó algún que otro murmullo. Sin embargo, ni Camile, ni Jeremy ni Suzanne se dieron cuenta. Tenían la atención puesta en aquella disputa. Desafortunadamente, los demás también lo hacían.

La hermana de Garrett volvió a cargar contra ella.

—Entonces, reconoces que le has engañado.

—Señoras...

Frederick trató de apaciguar a las dos mujeres, pues estaban convirtiéndose en el centro de atención y cada vez la curiosidad de los invitados de la fiesta iba aumento.

Aquello no era bueno para nadie salvo para los cotillas. La riña era como un imán para ellos.

Hizo un gesto con la mano para que modularan el tono, pero no le

hicieron el mínimo caso.

—¡Por supuesto que no! Siempre le he sido fiel, pero el compromiso está roto. ¿Qué más te da lo que haga al partir de ahora?

—¡Y yo que creía que le amabas! —exclamó—. Eres una maldita embustera.

El ambiente se estaba caldeando por momentos, pero nadie se esperaba lo que sucedió a continuación: Camile ya no pudo contener la rabia y le dio un sonoro bofetón a Suzanne Anderson.

Los murmullos se convirtieron en jadeos y los acompañantes de ambas tuvieron que apartarlas para que no se hicieran daño.

—Esto se termina aquí y ahora —les ordenó Frederick con autoridad—. Habéis rebasado los límites —y él ni siquiera era capaz de averiguar por qué dos civilizadas damas habían llegado a las manos—. Y tú —dijo refiriéndose a su esposa—, deja de meterte en asuntos ajenos.

—¿Pero es que no lo ves? —se quejó esta con amargura—. Garrett sufriendo y ella... ella... —balbuceó.

—Ella nada —Jeremy Gibson trató de zanjar el asunto. Era obvio que las dos partes nunca llegarían a ponerse de acuerdo, pero no podía más que admitir la desfachatez de la mujer. Acusar a la pobre Camile cuando no era más que una víctima...—. Su hermano es un canalla que no admite defensa alguna.

—¿Usted por qué se mete? —le preguntó con descaro.

Al parecer ni ella ni su hermano parecían impresionados por tratar con un duque. Todo lo contrario.

—Jeremy, déjalo. No merece la pena. —Camile se sentía avergonzada porque tuviera que presenciar esa escena.

Gimió en su interior. ¿Qué pensaría de ella y de su comportamiento?

—¡Por supuesto! —ironizó Suzanne—. No vale la pena discutir por alguien que te ha amado como nadie.

—Y me cambió por otra —apuntó—. Que no se te olvide. —Aquello rayaba lo absurdo. La mujer que pensó que algún día sería su

cuñada había enloquecido por completo.

Sin embargo, todavía tenía una sorpresa guardada bajo la manga.

—¡Eso no es cierto! —exclamó, negando de forma categórica.

—Suzanne... —le advirtió su esposo.

Ella le lanzó una mirada suplicante. Vivir con el peso de aquella mentira le estaba perjudicando. Esa noche ni siquiera era ella misma.

—Tiene que estar al corriente.

Frederick se encogió de hombros en un claro signo de impotencia.

—Tarde o temprano se iba a saber.

Los secretos no podían ocultarse eternamente; Garrett debería saberlo y comprenderlo. Quizás fuera el momento adecuado para que la verdad saliera a la luz y que cada uno se enfrentara a ella como mejor pudiera.

Camile miró a uno y a otro sin comprender.

—Exijo saber qué está pasando.

Suzanne, que seguía retenida por su esposo, se deshizo de él y dio un paso al frente, esbozando una sonrisa cargada de tristeza.

Los amantes del drama que se encontraban en primera fila presenciando el espectáculo estaban en vilo.

—Nunca ha existido otra mujer en la vida de mi hermano.

Camile a punto estuvo de reír a causa de la tensión nerviosa. ¡Garrett era tan cobarde que ni siquiera se lo había contado a su hermana!

—Tú no estarás al corriente, así que déjame explicártelo. Él me dijo...

—Mintió. —Aquella fue la única palabra que salió de los labios de Suzanne a modo de explicación, lo cual todavía desconcertó todavía más a Camile.

No se lo terminaba de creer.

—¿Por qué haría eso? —preguntó tratando de comprender.

Suzanne tomó aire y empezó a gesticular con las manos.

—Hace unos meses hubo un terrible accidente en su barco del que todavía arrastra secuelas. Y es por eso que rompió vuestro compromiso.

—¿Cómo?!

Poco a poco Camile fue consciente de lo que implicaba aquella explicación y de repente, en su mente apareció la figura de Garrett antes de abandonar el baile. No sabía a ciencia cierta lo que había ocurrido, o de qué incidente hablaba, pero la cojera era un indicativo de que aquello no era un invento... por lo menos una parte.

Su voz se quebró y los ojos se le humedecieron.

—¿Pero qué tiene que ver?

—Me he visto forzada a explicarte la terrible situación por la que ha pasado mi hermano. Los hechos y los porqués le corresponden a él.

Camile no quedó convencida del todo.

—Si me estás engañando... —le indicó.

—No lo hago.

—Porque voy a llegar hasta el fondo del asunto. —Fue una promesa más que una advertencia. De una vez por todas iba a saber toda la verdad. Se dio la vuelta y se mordió los labios. ¿Qué iba a decirle a su acompañante? Él se había portado maravillosamente bien y le estaba muy agradecida por que pensara en ella como una candidata adecuada para ocupar el puesto de duquesa. Rechazarlo la hacía sentir culpable —. Jeremy, yo... —Ni siquiera sabía qué decir. Comenzó a temblar y se estremeció de frío. Estaba nerviosa y esa pesadumbre no desaparecería hasta que solucionara cierto asunto con su prometido. Y aunque al final terminara separándose definitivamente de Garrett tuvo claro, en aquel instante, que Jeremy merecía a alguien que lo amase—. Tengo que marcharme. No puedo estar más aquí.

—Por supuesto. —El duque de Dunham fue de lo más comprensivo—. Te llevaré a casa.

—No, no puedo... —farfulló ella—. No quiero hacerte daño, pero... Jeremy Gibson advirtió que aquello era una despedida. Ya había

pasado por ello con anterioridad y debería estar curtido en el arte de las rupturas. A pesar de ello y a pesar de no amarla sintió una punzada de tristeza.

Sabía a dónde iba y sabía lo que pasaría a continuación. Él volvería a quedarse solo.

—Entiendo —murmuró, encajando el golpe como todo un caballero. La dejó ir y deseó que por lo menos ella alcanzara la felicidad.

Camile se perdió entre la multitud tan rápido como pudo. Solo tenía un objetivo en mente: Garrett. Tal era su afán que ni siquiera oyó como Deirdre la llamaba.

Había sido inevitable que tanto ella como su familia presenciaran su «diálogo» con Suzanne Anderson.

¿Y los amantes de los cotilleos? ¿Qué sucedía con ellos? No podían estar más eufóricos. Aquella había sido su noche. No había nada más estimulante que un duque abandonado, intrigas amorosas... y una fuga.

Y aquella fiesta lo reunía todo.

La música había cesado y al día siguiente los chismes recorrerían toda la ciudad.

—Te has comportado como una auténtica arpía —le dijo Frederick a su esposa un poco después de la marcha de Camile.

Trataba de alejar a ambos de los invitados, que se habían acercado a ellos para preguntarles por lo sucedido. Incómodos con la situación, se quitaron a la multitud de encima como pudieron.

—Lo sé —admitió avergonzada. Una vez fue consciente de su atroz modo de actuar se puso lívida—. Creo que he tenido un ataque de nervios.

Frederick levantó las cejas.

—¿Esa es tu excusa?

—Supongo que sí. Tenía demasiada tensión acumulada con lo del accidente, la disolución del compromiso y demás. Lo he pagado con quien menos debía.

—Sabes que tendrás que disculparte.

—Lo sé, pero me temo que con eso no será suficiente.

—Camile es una muchacha comprensiva. Te perdonará —aventuró.

—Ojalá fuera cierto, pero yo en su lugar no lo haría. Las cosas tan terribles que le he dicho —murmuró arrepentida—. ¿Por qué tengo que tener esta boca? —Frederick no contestó—. ¿Crees que ha ido a verlo?

—Me temo que sí.

—Eso demuestra lo mucho que lo ama.

—Solo espero que tu hermano también lo vea así.

—¿Y ahora qué hacemos? No podemos volver a casa, todavía no. Esos dos se merecen un poco de privacidad.

—Pues no nos queda más alternativa que dar una vuelta por la ciudad. ¿Crees que con una hora tendrán suficiente?

—Garrett se ha llevado el carruaje —le recordó.

—Alquilaremos uno —dijo de forma práctica. Aunque ese paseo les costase una fortuna, bien valdría la pena si con eso se conseguía algo bueno—. Sabes, al final sería irónico que gracias a tu... salida de tono, por decirlo de forma sutil, se reconciasen. Quizás incluso deban darte ellos las gracias.

Ella le echó una mirada fulminante.

—¿Estás de broma?

—Por supuesto que no. Si esta noche el zoquete de tu hermano da un paso al frente será gracias a ti.

—Solo tú podrías sacar algo positivo del tremendo embrollo.

—¿Qué quieres que te diga? Alguien debe añadir un poco de cordura a esta familia.

Frederick sonrió burlón a pesar de las circunstancias y eso le valió una mirada reprobatoria por parte de su esposa.

—¿Te diviertes?

—Hacía mucho que no disfrutaba de tan buen espectáculo —le

dedicó un guiño.

—No me lo puedo creer...

—Pues hazlo, aunque espero que no se repita... por lo menos en diez años.

El tormento era un mal compañero de viaje, pensó Garrett con desánimo. Le seguía allá donde fuera sin apartarse de él ni un solo instante y además le recordaba constantemente sus pecados, que habían sido muchos.

Había perdido a Camile definitivamente. Esa era su condena y sus acciones lo perseguirían hasta el fin de los días.

Solo le quedaba reprocharse su conducta, pues había sido de lo más injusto con la única mujer a la que había amado.

Ahora esperaba ser capaz de llevarlo con valentía sin tener que montar una escena cada vez que se los encontrara por casualidad. Aunque mucho se temía que el día que contrajeran matrimonio tendría que beberse todas las botellas de licor que encontrara para evitar lanzarse en pos de la iglesia y quedar en ridículo.

Eran las noches como aquella en las que más añoraba el mar.

Al llegar a casa Garrett no subió a su habitación. De repente, la idea de ahogar sus penas en alcohol le parecía un buen remedio para dormirse. Por lo menos dejaría de sentirse tan miserable durante unas horas y obtendría el descanso que tanto ansiaba. Sin embargo, el primer trago solo sirvió para evocar el recuerdo que lo atormentaba: Camile con su hermoso vestido, Camile riendo, Camile tan deseable...

Era imposible despojarse de sus recuerdos y le dolía el corazón al pensar que otro hombre obtendría lo que él había rechazado.

—¡Maldita sea!

En un arranque de ira, Garrett estrelló contra la chimenea la copa vacía, que se hizo añicos. Los diminutos fragmentos de cristal se esparcieron por el hogar llameante a causa del carbón.

Las decisiones las había tomado por el bien de Camile y ahora odiaba no estar conforme con ello.

Garrett abrió y cerró la mano. Estaba perdiendo la cordura.

¿Qué debía hacer? ¿Qué? Dar un paso atrás y pedir perdón era una de sus opciones, y si bien había compartido un momento íntimo con Camile, no sabía si sería suficiente para conseguir su redención.

No tardó mucho en descubrirlo: el mayordomo anunció que la señorita Camile Fullerton deseaba verlo.

Recuperándose de la sorpresa que suponía que Camile hubiera dejado el baile para ir a buscarlo, tomó una copa intacta y volvió a llenarla de licor.

El mayordomo permaneció de pie, a la espera.

—¿Señor?

Garrett vaciló. No se sentía preparado para justificar sus acciones. No obstante, no podía disimular la alegría que suponía tenerla en la casa.

Tomó una determinación. Lo que menos le preocupaba en aquel instante era lo inadecuado de la hora y la reputación de Camile. Era el momento de dejar las mentiras y hablar solo con el corazón.

—Hágala pasar.

Apoyado en su bastón y pendiente de lo que podía ocurrir a continuación, Garrett se masajeó la pierna con eficiencia, logrando un relativo alivio. El día había sido largo y la noche se presentaba más larga aún.

Odiaba tener que recurrir al láudano. A pesar de habérselo recetado el doctor y aunque el medicamento le ayudaba en sus crisis más agudas, le hacía sentir un hombre débil. Así que terminaba soportando más dolor del que debiera.

Garrett aguantó con entereza la espera mientras el corazón latía desbocado en su pecho. Y Camile no se hizo de rogar. Entró con paso enérgico y se lo quedó mirando, mostrándole lo enojada que estaba.

—Quiero que me cuentes toda la verdad —le soltó a bocajarro—. Y cuando digo toda me refiero a toda. ¿Comprendes? —Garrett cabeceó—. Empieza por lo del accidente. —Él pareció sorprendido y Camile

se vio en la obligación de ponerle al corriente—. Tu hermana me ha adelantado algunos detalles.

—Comprendo —fue la escueta respuesta de Garrett antes de comenzar por el principio—. Era una noche cálida y tediosa, en el puerto de Grand Harbour, en La Valletta. Estábamos de guardia. Yo era el oficial al mando, pero llevaba más de treinta horas sin dormir. Supongo que debido a eso mi tolerancia escaseaba. Cuando aparecieron un par de borrachos con una carreta llena de bidones y empezaron a hacer ruido y a alborotar, mandé a un par de mis subordinados a que bajaran del barco y los instaran a abandonar el lugar. Ellos se negaron a obedecer y buscaron pelea. Incluso lanzaron algún que otro puñetazo al aire. Si no acertaron fue debido a su estado. Como he dicho, estaba cansado y aquello era lo último que necesitaba.

Garrett recordaba estar ansioso por zanjar rápido el asunto. Si seguían perturbando el orden con sus gritos los guardias no tardarían en llegar. Para entonces debería dar demasiadas explicaciones y redactar un informe. Así que pasó a encargarse personalmente del asunto. Bajó al muelle seguido de cuatro de sus hombres e hicieron lo posible por calmarlos.

Dialogar con ellos fue tan ineficaz como darse golpes contra la pared.

Al final le quedaron dos opciones: retirar ellos mismos el carro o alertar a las autoridades portuarias para que lo confiscaran.

Optó por lo primero.

Aquellos dos borrachos que apenas se mantenían en pie opusieron resistencia, impidiéndoles que tocaran su cargamento. Se agarraron con fuerza de los tablones y entre empujones y la fuerza de sus hombres la rueda del carro se quedó clavada entre los maltrechos adoquines, partiéndose en el acto. Su memoria era tibia a partir de ahí. Después del accidente le contaron lo que sucedió: ese carro era tan viejo que no soportó el peso de la carga y le cayó encima.

Camile sostuvo el aliento durante unos segundos antes de poder

reaccionar.

—¡Dios!

Solo de pensar en el dolor que debió sentir se mareaba.

—Cuando desperté medio inconsciente, me encontraba en un hospital militar inglés en Malta. Sentía un dolor atroz en las piernas, sobre todo en la derecha.

Los primeros doctores que lo visitaron se limitaron a fruncir el ceño y movían la cabeza con pesar. Le convencieron de que no las salvaría. Pero el tiempo transcurrió y contra todo pronóstico mejoró. Después lo enviaron a otro hospital militar en Roma, donde pasó una larga temporada.

Esta vez sin ocultar su cojera, Garrett caminó hasta el ventanal.

En Roma recibió la visita de su hermana y su cuñado. Suzanne estaba segura de que sanaría completamente y se quedó con él por un largo periodo, regresando a Inglaterra solo un par de veces.

Garrett vio pesar y compasión en el rostro de su familia y amigos. Además, su futuro era incierto. Así que muy pronto tomó una decisión que le repercutiría hasta ese instante: romper el compromiso con Camile.

—Creí que la libertad era el mejor regalo que podía darte, porque yo ya no era aquel hombre sano y con expectativas del que tú te habías enamorado. —Se encogió de hombros—. Sabía que lo superarías y que encontrarías la felicidad sin mí. —Le dolió tener que admitir aquello—. Al parecer no me he equivocado.

Ella había hecho su elección.

—Puedo entender la impotencia y la ofuscación que sentiste en el hospital. Me enferma todo lo que has debido pasar... Pero quiero que entiendas que de haberlo sabido toda tu recuperación hubiera sido más llevadera. ¡Por Dios, me tendrías a tu lado!

Garrett ya lo sabía. Había estado torturándose con su decisión desde hacía meses.

—Eso ahora carece de importancia.

Para Camile sí la tenía. Era sumamente importante. Se sentía muy dolida porque el hombre que amaba no hubiera confiado lo suficiente en ella.

—Me cuesta ser indulgente con tu comportamiento y no lo voy a ser —farfulló sofocando un gemido de desesperanza—. No puedo perdonar tus mentiras ni que hayas provocado mi sufrimiento adrede. Has sido grosero, hiriente y te las has apañado a la perfección para apartarme de tu lado. ¿Es así como actúas con la gente que amas?

Él bajó la cabeza, avergonzado.

—Lo siento. —Ahora, la enormidad de su error resultaba apabullante—. Solo puedo decir que lo hice por tu bien.

Se abstuvo de confirmarle lo mucho la había amado y que todavía lo hacía. Solo serviría para humillarse más.

—¡Dios me salve de los hombres que hacen las cosas por el bien de las mujeres, porque sois capaces de cometer barbaridades por ello! —gritó con rabia. ¿Qué derecho tenía a decir por ella?

Garrett se la quedó mirando unos instantes mientras evaluaba su humor.

—¿Por qué estás tan enfadada? —preguntó—. Me dijiste que habías pasado página y ahora debes estar feliz porque vas a casarte con el duque.

¿Qué más necesitaba de él? Se preguntó con angustia. Ahora sabía la verdad e iniciaría una vida próspera junto a otro hombre. Él lo odiaba, pero le había hecho un favor.

—No voy a casarme —le interrumpió ella, furiosa.

—¿Q...qué?

No sabía si había entendido bien y no quería hacerse ilusiones, aunque su corazón latiera desbocado.

—Lo que has oído. Por tu forma de comportarte conmigo no te mereces esta explicación, pero de todas formas te la voy a dar. Estaba dolida y enfadada contigo, así que modifiqué la verdad para hacerte daño.

Camile se sentó, porque de repente sus piernas no la sostenían; estaba agotada.

Le contó todo entre el duque y ella sin omitir la petición de mano y el rechazo por su parte. También le reveló la discusión que había mantenido con Suzanne en el baile. No estaba tan segura de querer airear sus sentimientos por él.

—Guau —susurró.

Garrett trató de asimilar sus palabras. Despacio y cojeando avanzó hasta donde ella estaba y se sentó a su lado, para terminar sonriendo como un tonto. Camile, su Camile, no quería al duque de Dunham.

Sintió una ligera esperanza.

—Es bueno saber que todo esto te resulta divertido —comentó sarcástica.

—No se trata de eso. Todo es debido al alivio.

—¿Alivio? ¿Qué quieres...?

—Te amo. —Lo soltó de forma brusca, pero no podía esconderlo más. —Ella se lo quedó mirándolo sorprendida. No dijo nada—. Pensaba que sería capaz de llevarlo con dignidad, pero me equivoqué. Los celos aparecieron de repente y me asfixiaron. Te quería para mí y lamenté profundamente mi modo de proceder. Lo siento tanto... Ahora sé que debí preguntar.

—Debiste —le confirmó Camile, aunque su humor no había mejorado.

—Lo sé. ¿Qué hubieras contestado si al regresar te hubiera pedido que te casaras conmigo, con un lisiado? —se atrevió a preguntar. Nunca más quería verse roído por la duda.

—No eres un lisiado; solo cojeas —protestó ella en su defensa.

—Responde —la urgió.

—Hubiera respondido lo mismo que si estuvieras cojo, paralítico, ciego, sordo o manco —le miró con el corazón en la mano—. Sí.

Esa simple palabra le hinchó el corazón.

—Me amas —no era una pregunta.

—Con todo mi corazón. —Camile nunca había sido tan sincera.

Garrett la rodeó fuertemente con sus brazos y la besó con pasión. Sus labios estaban ansiosos y ya no deseaba poner más impedimentos. La había juzgado mal y estaba arrepentido de ello.

Esperaba que ella lo comprendiera así.

Camile se dejó llevar ante el despliegue de encantos que presentó Garrett. Durante un instante se olvidó de pensar con claridad y su resistencia se tornó inocua. Estaba demasiado pendiente de esos labios exigentes y de esa lengua devastadora que arrasaba el interior de su boca. Saboreó con deleite cada una de las sensaciones que estaba experimentando.

—Mi amor... —lo oyó suspirar en una breve retirada, antes de volver a capturar su boca y jugar con ella hasta subyugarla.

Pensó que Garrett parecía decidido a mostrarle cuán compatibles eran sus bocas y sus cuerpos; a seducirla. Sus manos descendían, audaces, hasta detenerse en sus caderas y la joven comenzó a advertir un cosquilleo placentero.

No pudo evitar ruborizarse.

Camile sabía que él estaba hambriento... hambriento de ella. Lo notaba en el calor que desprendía su cuerpo, en su respiración acelerada, en la fogosidad de sus movimientos. Atrás habían quedado los galantes coqueteos que había experimentado durante su compromiso. Ahora, su comportamiento le recordaba el ardiente intervalo que habían compartido en el baile de máscaras.

Cuando el beso se volvió más profundo, y en un atisbo de conciencia, Camile se dio cuenta de que ambos estaban a punto de traspasar el umbral de la decencia. Tuvo que recordarse que seguía herida y que no iba perdonarle sus fallos. Le apartó con tanta rudeza como determinación y tomó una bocanada de aire, mientras la realidad se imponía con la misma fuerza que un brusco despertar.

—Detente —murmuró haciendo esfuerzos por recuperar su tono

habitual—. ¿Te crees que con pedir perdón y chasquear los dedos vas a conseguir que me olvide de todo? ¿Crees que mi memoria es tan frágil como para perdonarte con facilidad? —A pesar de sus intentos, sonó molesta. La indignación fue ganando terreno.

—Tranquila —Garrett habló con voz ronca, recuperando poco a poco la normalidad en la respiración—. Todo va a estar bien.

—No, no lo va a estar. Si de verdad me quieres, vas a aprender una lección dolorosa, al igual que he hecho yo.

Garrett sintió un temblor. En un abrir y cerrar de ojos la situación se había tornado desfavorable para él y eso que ni siquiera quería pensar en la posibilidad de que Camile hablara de verdad.

—¿Qué quieres decir?

—No mereces mi perdón. Y no lo tendrás. Por lo menos ni hoy ni mañana.

—¡Pero me amas! —protestó con vigor—. Después del infierno que ambos hemos pasado, ¿vas a dejarme?

Era inverosímil.

—Sí —contestó ella. La decisión estaba tomada—. El amor verdadero es un riesgo y tú no eres más que un cobarde. He tenido que enfrentarme a ti para saber la verdad. No quiero unirme a un hombre que no lucha por su felicidad. —Camile sabía que estaba en una posición delicada y que tan solo podrían estar de nuevo juntos si él daba un paso más. Todavía le quedaba una lección que comprender—. Recuerda: esto no te lo he hecho yo, nos lo has hecho tú.

Salió enjugándose las lágrimas. Hubiera sido muy fácil ceder a sus instintos y consolarse en sus brazos, se dijo. Pero no lo haría.

Era una decisión en firme.

Camile parecía destinada a cometer los mismos errores que Garrett. En aquella situación, la soberbia estaba reñida con el amor y si ambos no daban un paso adelante todo lo que habían construido juntos iba desmoronarse.

Ojalá no fuera demasiado tarde para la pareja.

Que Camile fuera llamada al despacho del conde de Millent a media mañana del día siguiente no fue nada nuevo. No se trataba de una invitación de cortesía para mantener una amena conversación, era más bien una orden.

No tuvo que preguntar el motivo de la visita. Se lo imaginaba. La noche anterior Deirdre se había colado en su habitación para advertirle del escándalo que se avecinaba: al parecer, su discusión con Suzanne se propagó más rápido y con más fuerza que un rayo por la ciudad y ya no había nadie que no estuviera al tanto de sus desventuras. Y eso era una contrariedad que le producía bochorno. Porque ella siempre se había movido con discreción, quizás debido a su falta de belleza. La única nota discordante fue la relación que había mantenido con Jeremy Gibson después de su ruptura con Garrett, pues ir del brazo del Duque significaba notoriedad.

Daría lo que fuera por zanjar el asunto.

«¿Qué iban a pensar de ella?», se preguntó con cierta desolación. «La pobre Camile abandonada se consuela en brazos de otro». «A Camile le ha salido bien la jugada, consiguiendo un duque por el camino». «Camile la fea va a convertirse en duquesa...»

¡¡Uff!! Fuera lo que fuera lo que comentaran sobre ella no sería bueno. Si por lo menos Suzanne hubiera controlado su carácter hasta encontrarse en un ámbito menos público, todo sería distinto. Y ella no debería dar explicaciones a Robert Doyle ni a nadie. Pero no, no se había conformado con ponerla al tanto del estado de su hermano, por el contrario la había increpado delante de todos.

Camile creía en Dios, pero no era una mujer llena de virtud y misericordia que perdonara todos los pecados. Si bien desde su perspectiva —la de despechada—, podía entender que se hubiera

encolerizado por pensar que su amor por Garrett era tan difuso y que mientras él sufría ella se estaba divirtiendo con otro.

No era el caso, o por lo menos se necesitaban ciertos matices para comprender la situación.

A pesar de la furia en el baile de máscaras, Camile conocía bastante bien a Suzanne y estaba convencida de que en aquel instante estaría tan arrepentida como avergonzada.

Ella, por su parte, no le guardaba rencor. Todo había sido fruto de los malentendidos. Sin embargo, su corazón sí que albergaba resentimiento hacia Garrett por mentirle con tanto descaro, por permitirle sufrir cuando era innecesario, por hacerla sentir culpable y por muchas más cosas.

Camile suspiró y se encaminó hacia el despacho del conde.

Aunque Robert Doyle no era su padre se sentía obligada a escucharle, puesto que en los últimos años había actuado prácticamente como si lo fuera, velando por ella. La había alojado en su casa, le había procurado un digno vestuario —si era más escaso que el de Deirdre era porque ella se había negado a tomar más—, la había acomodado en la mesa como una más de la familia y se había preocupado por su bienestar.

¿No le daba derecho eso, por lo menos a hacerse oír?

A pesar de los funestos presagios que rondaban por su mente, Camile en todo momento creyó que saldría bien parada de aquella situación. Se escudaría con que Jeremy era solo era un amigo y Garrett alguien del pasado. Si ella, que era la más perjudicada, no evidenciaba ningún tipo de contrariedad, su nombre quedaría sepultado en el olvido. El escándalo la había salpicado, cierto, aunque no era para tanto. Pronto llegaría otro a remplazarlo.

Eso mismo le diría al conde.

Camile, que ya había preparado un sinfín de respuestas para convencer al conde, no esperaba que en el despacho hubiera más gente presente. No solo se encontraba el conde en él. Estaba acompañado

por el mismísimo Garrett Bishop y su cuñado, Frederick Anderson.

—¿Se puede saber qué hacen ellos aquí? —preguntó con un tono parecido al desdén cuando los tres pares de ojos se posaron en ella.

La rigidez de su cuerpo indicaba con claridad que estaba dispuesta a librar batalla.

El conde se revolvió incómodo en su asiento. Garrett Bishop le había puesto al corriente sobre los sentimientos de Camile, así como de la decisión que había tomado. Y ahora debía mediar entre las dos partes y explicar a la joven sus limitadas opciones.

Deseaba con fervor que ella fuera razonable.

—Camile, por favor, siéntate —le pidió con amabilidad.

Ella obedeció a regañadientes y tomó la silla que quedaba más alejada de Garrett. Es más, hizo cuanto estuvo en su mano para no mirarlo. Le molestaba que hubiera actuado a sus espaldas, presentándose en aquella casa sin invitación.

Frederick tomó la palabra.

—Ante todo, Camile, deja que te pida perdón en nombre de mi esposa. Ella habría deseado venir en persona, pero le hice ver que antes había asuntos más urgentes que arreglar.

—Tiempo habrá —murmuró el conde, con las manos entrelazadas sobre el escritorio—. ¿Camile?

Ella trató, en vano, de no preocuparse por las últimas palabras del esposo de Suzanne. No obstante, era difícil pensar que el único motivo de aquella reunión fuera una disculpa. No necesitaba de la compañía de Garrett para ello.

Sintiendo un ligero temor trató de escabullirse.

—Está perdonada —contestó con prontitud—. ¿Eso es todo?

Se levantó dando un respingo.

El conde hizo un movimiento negativo con la cabeza y le pidió que volviera a sentarse.

—Tu nombre está en boca de todos.

—¿Y qué? —replicó ella con una sonrisa floja—. No es porque yo lo haya querido así.

—Estamos ante un terrible enredo. ¿Lo comprendes, Camile?

Ella alzó la ceja izquierda, dejando ver su escepticismo.

—No veo por qué. Hacía semanas que se especulaba sobre mi relación con Garrett.

—Debido a tu acercamiento al duque de Dunham —puntualizó su antiguo prometido con acritud.

Camile le lanzó una mirada desdeñosa.

—La gente sabía que estabas en Londres y a pesar de eso no te dejaste ver conmigo. Es normal que se empezara a especular.

—Entonces crees que es por mi culpa.

—No lo creo, estoy segura —afirmó con contundencia.

—Bishop... Camile... —intervino Robert Doyle—. Os sugiero que dejemos a un lado la exaltación y no hablemos de culpas, sino de soluciones —dijo de modo conciliador—. El asunto es que vuestro compromiso nunca se dio por roto de forma oficiosa y con todo el revuelo de anoche la gente se está preguntando qué diantres está pasando. Unos creen que la dejaste por otra mujer y los demás que fue Camile quien lo hizo primero ante una mejor oportunidad.

—¿Y qué importa! —exclamó la joven. ¿Querían pensar que era una oportunista? Pues que lo hicieran.

Fue una lástima que el conde no lo viera igual.

—No me gusta verme mezclado en escándalos de ese tipo, Camile. Y tu padre estaría de acuerdo. Lo de anoche parecía una riña de amantes. ¡Por Dios, desapareciste tras él! ¿Crees que nadie se dio cuenta? La gente va a comenzar a cuestionar tu moralidad, así que para atajarlo cuanto antes lo mejor sería anunciar...

—Podemos publicar una nota en *The Times* —lo interrumpió al darse cuenta de lo que quería decir—. Si las dos partes nos ponemos de acuerdo y aclaramos que el compromiso estaba roto desde hace unos meses, nadie tiene por qué poner en duda mi comportamiento.

El conde examinó su rostro durante un breve segundo.

—¿Has pensado bien en eso, muchacha? Lo que será de tu reputación y de tu futuro. Tienes una nueva oportunidad. ¿No deberías aprovecharla? —le preguntó, convencido de que aquella solución era la correcta—. Me consta que Bishop es un buen hombre, a pesar de haberte mentado. Pero todos estamos de acuerdo que lo hizo pensando en tu bien.

Camile hizo una mueca de disgusto. Por supuesto que ella no estaba de acuerdo, no obstante, permaneció callada. Nadie había hablado de matrimonio de forma explícita, si bien todo apuntaba hacia ahí. Y que Robert hubiera hablado primero con Garrett antes de saber lo que opinaba ella del asunto era indignante. Además, le dolía que se hubiera posicionado con tanta rapidez en el bando contrario.

—Eso es discutible —masculló entre dientes.

El conde lo dejó pasar.

—¿Tienes alguna otra objeción?

—Garrett me dejó —respondió consternada, como si aquella respuesta fuera suficiente para explicar su rotunda negativa.

—Cambié de opinión —declaró. Él también quiso dejar clara su postura, pero a Camile no le sirvió.

—¡No puedes cambiar de opinión cuando te venga en gana!

Garrett miró a los demás con una expresión tensa.

—¿Podrían dejarnos un momento a solas?

—¡No, no pueden! —se apuró a contestar ella. Lo último que necesitaba era que Garrett pusiera todo su empeño en hacerla cambiar de opinión.

Si eso sucedía su determinación sería puesta a prueba.

Camile había acertado sobre las intenciones de su antiguo prometido. Garrett pensaba que si se quedaban a solas tendría muchas más oportunidades de convencerla. Tenía sus métodos.

Había pensado largo y tendido sobre aquel asunto durante toda la noche en la que apenas pegó ojo. En que ella le amaba, en sus errores,

en sus posibilidades y en el modo en el que Camile pudiera perdonarlo. A primera hora de la mañana había tomado una resolución: a él le daba igual el escándalo, pero no iba a renunciar a Camile ni aunque ella estuviera pidiéndoselo. Así que hizo levantar a su hermana y a su cuñado y les explicó lo que pretendía: tomar el control de su vida.

Era la primera vez que lo hacía desde el accidente.

El siguiente paso fue hablar con Robert Doyle para lograr su bendición.

—Camile, estás siendo muy tozuda —intervino precisamente el conde. —Ante el silencio de la joven se vio obligado a endurecer sus palabras—. No quiero ser injusto contigo. Sabes lo mucho que te aprecio, pero lo correcto es aceptar las disculpas de Bishop y proseguir con vuestro compromiso. De lo contrario...

El conde dejó la frase a medias de forma intencionada. Y con ello quería hacer pensar a Camile.

Ella reprimió un gemido. Aquel golpe fue de lo más efectivo, pero la dignidad que sentía le impidió dar su brazo a torcer. Si Garrett se hubiera presentado ante ella mostrando su arrepentimiento y no dándolo todo por sentado, todo podría ser distinto.

«No darás ni un paso atrás», se dijo.

Alzó el rostro sin vacilación.

—Robert, comprendo que te sientas incómodo con todo este asunto que no tiene ni un ápice de sencillo. Así que lo mejor será que parta hacia Surrey tan pronto como mi equipaje esté listo.

Él titubeó y giró el rostro hacia la dirección donde se encontraba el antiguo prometido de la joven, que aguardaba con el rostro pétreo. Sus miradas se cruzaron.

Su intención había sido empujarla con suavidad hacia los brazos de Garrett Bishop, no echarla de su casa. Aun así, ahora no podía echarse atrás.

—¿Estás segura de tomar la decisión acertada?

Camile cabeceó despacio. Tenía la garganta reseca, los ojos

húmedos y la vista nublada.

—No hay más que hablar —sentenció antes de dejar a los tres hombres con la boca abierta.

Ninguno de ellos habría apostado por aquel final.

Camile trató de llegar a su habitación entera, de una sola pieza, pero la verdad era que pensaba que iba a quebrarse en cualquier instante. Por supuesto que deseaba desposarse con Garrett; había sido su sueño desde que lo conoció. Entonces, ¿por qué tanta vehemencia y resistencia? ¿Acaso no era mucho más fácil aceptar el perdón que Garrett le ofrecía?

¿Con honestidad? Su comportamiento solo se podía resumir en una sola palabra: el orgullo.

Maldita palabra que le empujaba a hacer lo contrario a lo que deseaba su corazón. Y maldito fuera su corazón por ser tan débil.

¿Qué debía hacer? ¿Cuál era la elección acertada? Garrett le había hecho demasiado daño como para olvidarlo de un plumazo. Y sin embargo, castigarle haciéndolo sufrir era una perversa venganza para la cual no estaba preparada. El arrepentimiento fue casi instantáneo, porque rechazándolo ella misma se garantizaba un futuro lleno de miserable tristeza.

¿Quién deseaba vivir así teniendo la felicidad al alcance de la mano?

Una determinación brotó de su cuerpo con la misma fuerza que la embestida de un vendaval. Iba darse la media vuelta y correr hacia la planta inferior para detenerle cuando una de las doncellas fue en su búsqueda.

Su rostro no indicaba nada bueno.

—¡Señorita Fullerton, debe bajar al salón de inmediato!

Contrariada por las prisas, ella hizo todo lo contrario: sus pies se negaron a moverse hasta saber el motivo de la urgencia.

—¿Qué ocurre?

La doncella se retorció las manos.

—¡El señor Bishop se ha vuelto loco!

—¿Garrett? —preguntó Camile con asombro—. ¿Se puede saber qué ha ocurrido?

—Lord Millent había pedido a los lacayos que escoltaran al señor Bishop y a su acompañante a la salida, tras la charla que habían mantenido en el despacho del conde. No sé con exactitud qué ha ocurrido a continuación, pero ha terminado enzarzado en una pelea.

—¡En una pelea! —repitió Camile, sorprendida por el bruto comportamiento de Garrett—. ¿En esta casa?

—Lord Millent me ha pedido que suba a buscarla.

Camile se recogió las faldas y echó a correr, todavía incrédula. Esperaba que su rechazo no tuviera nada que ver

Quedó sobrecogida por la barroca escena que se desarrollaba ante sus ojos. Había un jarrón de porcelana hecho añicos en el suelo. Una butaca de nogal tumbada en el suelo. Robert Doyle alzaba la voz acompañado con gestos de impotencia y tratando de hacerse oír. Frederick permanecía de pie con aire burlón, como si la escena le pareciera divertida. Por lo que parecía, no pensaba intervenir. Y Garrett... ¡Dios Santo! Estaba profiriendo amenazas al aire mientras repelía la embestida de dos lacayos, usando su bastón y tratando de proteger su pierna herida.

Hasta el momento los había mantenido a raya. Con el bastón a modo de escudo y atrincherándose en una esquina, se había aprovechado del miedo de los sirvientes por atacar a un hombre de su posición.

—¡No voy a marcharme hasta hablar con Camile! —gritó a plena voz.

—Ya la has oído. Ella no quiere verte más. —El conde exhortó a los sirvientes para que lo atraparan de una vez.

En cuanto uno hizo un intento por abalanzarse sobre Garrett, este le dio un ligero toque con el bastón en la pierna que lo echó para atrás de inmediato. Pero cuando ambos atacaron a la vez y consiguieron arrebatarse el preciado bastón, se vio desprotegido. No le quedó más remedio que revolversse con fiereza.

Desde su posición, Camile advirtió que con disimulo Robert indicaba a su antiguo prometido que tomara un jarrón situado en una mesilla próxima que podía alcanzar con las manos. Era una maniobra cuanto menos cuestionable si el conde de verdad deseaba echarle de su casa. ¿Por qué iba a darle ventaja? Garrett dudó y apenas negó con la cabeza, como si temiera herir a los lacayos.

Eso hizo pensar a Camile, que ató cabos al instante. Debería hervirle la sangre de indignación por lo que ahí sucedía, pero para su propia sorpresa, se cubrió la boca con una mano tratando de disimular una sonrisa.

Le pareció ridículo, terriblemente ridículo. Era como un ballet hecho con mal gusto y con pies gigantes. Un puño alzado, amenazas que sonaban vacías... La armonía brillaba por su ausencia.

Iba a gritar que ya había tenido suficiente de esa pantomima, cuando un mal gesto consiguió lastimar de verdad a Garrett.

Cayó al suelo.

Su grito de dolor resonó por la estancia y los lacayos se apartaron al instante, mirándole con preocupación.

Robert, Frederick y la propia Camile se acercaron corriendo.

—¿Estás bien? —le preguntó el conde, el primero en llegar.

—Apartaos, apartaos —ordenó Camile haciéndose un hueco. Se arrodilló a su lado y depositó una mano en la mejilla mientras él se masajeaba la pierna—. Garrett, ¿te han dado muy fuerte?

A alguno de los dos lacayos se le había ido la mano con aquella pelea de mentira. Por supuesto, tampoco era culpa suya, a ellos les habrían ordenado participar. Pero no soportaba la idea de ver lastimado a su amado. Aquel hombre era todo para ella y en aquel instante sintió que todas sus riñas carecían de importancia.

—Creo que sobreviviré —masculló, todavía sintiendo dolor.

—Mi amor, no hagas esfuerzos —dijo ella. Le dio un sutil beso en los labios y comprobó que Garrett estuviera entero.

Él alzó los ojos, tan esperanzado como un náufrago ante la visión de

tierra firme.

—¿Eso significa que...?

Camile asintió.

—Que te perdono, a pesar de la deplorable representación en la que todos estáis involucrados.

—¿Cómo...?

—¿Me preguntas cómo me he dado cuenta de que se trataba de una farsa, de puro teatro? —Giró el rostro hacia Robert Doyle—. He visto cómo te ayudaba. No os contratarían ni en el decadente Drury Lane.

Garrett lanzó una profunda carcajada.

—Fue idea del conde. Le advertí que eras muy perspicaz y que no te lo tragarías, pero todos estábamos de acuerdo en que era necesario mostrarte lo mucho que te amo y que no estoy dispuesto a rendirme contigo. —En ese instante su semblante se tornó serio—. Camile, cometí un error. El más grande de mi vida. Pero estoy dispuesto a hacer cualquier cosa por resarcirte. A viajar al fin del mundo, gritar mi amor a los cuatro vientos o a secuestrarte si es necesario.

—No creo que sea necesario llegar a tales extremos —opinó ella.

Él no estuvo de acuerdo.

—Tómame muy en serio esta amenaza. No descansaré hasta que me aceptes de nuevo.

Camile sonrió, llena de alegría. Ahora lo veía todo muy claro y sabía que su vida estaba junto a aquel hombre.

—Pues no tendrás que esperar mucho. Al parecer soy fácil de convencer.

Garrett lanzó una serie de vítores que lograron arrancar la carcajada de Frederick y el conde.

—¡Esta mujer me acepta! —exclamó tomándola por la cintura y sentándola en su regazo—. ¡Me acepta!

—Alto ahí —lo detuvo ella, sofocando la euforia—. Antes tendrás que escuchar mis condiciones.

—¿Condiciones? ¡Maldita sea! ¡Lo que pidas!

—Lo primero y más importante —comenzó diciendo Camile—: vas a ir a Surrey y pedirás perdón a mis padres por todo el daño que me has causado. Después, volverás a pedir mi mano. Solo me casaré contigo si ellos están de acuerdo. —Camile advirtió que Garrett fruncía la frente con preocupación, por lo que se apresuró a tranquilizarle—. No te preocupes, son personas comprensivas.

—Eso espero —masculló entre dientes. Como bien decía su amada Camile, en su intento por liberarla y empujarla hacia una vida mejor había conseguido dañarla en lo más profundo. No era una afrenta fácil de olvidar.

Por suerte, la joven era lo suficientemente generosa como para darle otra oportunidad. Faltaba saber qué opinarían sus padres y si sería posible volver a congraciarse con ellos.

—Segundo... —continuó Camile, ajena a los temores de Garrett—. Quiero que todo Londres sepa por qué renunciaste a mí. Aunque te haga parecer un tonto. —Si iba a ser objeto de un sinfín de cotilleos, mejor que ellos les proporcionasen la información. Y a lo grande—. Lo relatarás como una historia de amor épica que ha vencido todos los obstáculos. —Ante el énfasis de Camile, él alzó los ojos, pero no dijo nada—. Que a nadie le quepa duda de lo mucho que me amas.

—Es que es cierto —murmuró él. No obstante, Camile no le hizo caso. Seguía inmersa en todas aquellas condiciones.

—Tercero... Una vez obtenido el perdón de mis padres fijaremos la boda para dentro de unos meses. No demasiados, dado que ya estuvimos prometidos. Y por último... Vas a demostrarme día a día y hasta el último aliento que soy la única mujer en tu corazón.

Finalmente Garrett sonrió, mostrando sus perfectos y alineados dientes. Aquella condición era la más fácil de todas y a decir verdad, estaba impaciente por ponerse a ello cuanto antes.

—Este salón está lleno de testigos, así que delante de todos ellos voy a prometerte cumplir todas y cada una de tus peticiones. Porque te

amo. Te amo, Camile. —La besó con dulzura—. Eres el amor de mi vida.

Ella ladeó la cabeza y se lo quedó mirando fijamente.

—Aunque sea fea —apostilló.

—¿No lo sabes? Las feas me enamoran.

Ambos rieron, felices. Garrett pidió con un discreto ademán que los dejaran solos. Había demostraciones de afecto que era mejor mantener en privado.

Epílogo

Londres, 1870.

«Querida Deirdre,

Te escribo para darte una maravillosa noticia. Salvo Garrett y mis padres eres la primera en saberlo. ¡Estoy embarazada!

A tenor del humor que desprenden tus cartas dudo al explicarte cómo de feliz es mi vida, pero insistes tanto que lo haré.

Jamás soñé tanta felicidad. La vida junto a mi marido es pura plenitud y ahora que aumentaremos la familia todavía más. No te imaginas cómo está de contento. Además, su pierna ha mejorado y solo utiliza el bastón a partir de la tarde. Eso sí, siente antes que nadie cuando el tiempo va a empeorar.

Pero parece que toda buena noticia conlleva una mala. Debo decirte que mi estado no es muy avanzado, pero no estoy sintiéndome demasiado bien. Ya sabes... las náuseas. Son de lo más enojosas. Garrett ha estado a mi lado en todo momento dándome ánimos y mimos. ¡Le adoro! Pero a una semana de tu boda no me siento con suficiente coraje para emprender el viaje a Londres y mucho menos a Escocia.

Siento defraudarte de ese modo justo en el peor momento. Sé que me necesitas. Y siento mucho más que tu padre te haya forzado a una unión que no deseas. Se lo he hecho saber repetidamente en mis cartas, aunque sé que no ha servido de nada.

Dada tu mala suerte, solo espero que tu esposo sea mejor de lo que esperas y que se trate de un hombre digno de ti. Al principio puede resultar difícil, pero a lo mejor deberías encontrar algo que tengáis en común y empezar por ahí.

Eres una mujer fuerte, lo sabes. Sé tú misma, así seguro que caerá

rendido a tus pies. No dudes de ti.

Te mando un fuerte abrazo,

Camile

Pd: Si para cuando esté recuperada y vaya a verte, él no está perdidamente enamorado de ti, tengo varias ideas para poner en marcha.»

FIN